DONDE LAS DAN LAS TOMAN.

Ó SEA

LA VANIDOSA CORREGIDA.

COMEDIA JOCOSA

EN QUATRO ACTOS,

EXTRACTADA DEL ITALIANO

POR

J. A. P.

BARCELONA.

EN LA OFICINA DE FRANCISCO IFERN Y ORIOL.

AÑO DE 1805.

INTERLOCUTORES.

OCTAVIO ONESTI, íntimo amigo de

AMON, hermano de

TEODORICO, Padre de

ROSALBA, y de

LUCINDA.

FLORANTE, Abate. EL CONDE FLORINDO. RIDOLFO. CLAUDIO.	Pretendientes de Rosalba.

DON FERNANDO, Oficial retirado, marido de

MADAMA RÚSPOLI.

MORISQUETA, y EUGENIA.	Camareras de Rosalba.

ROQUE, Criado.

La Escena se representa en casa de Teodorico, Comerciante.

EL TRADUCTOR AL LECTOR.

Si leyeres el Original de donde he sacado esta Traduccion, notarás la gran diferencia que hay entre aquel y esta; habiéndome parecido conveniente hacer en ella muchas variaciones, tanto en la accion como en los caracteres y partes, creido, que de aquellas resultará mayor acceptacion y aplauso á la pieza.

No es mi ánimo corregir, ni criticar al Autor, muy léjos estoy siquiera de pensarlo; sí conformarme al gusto del pais en donde escribo, lo que debe ser la principal mira de todo Escritor.

Si este corto esmero merece tu generoso disimulo, quedarán suficientemente recompensados mis desvelos, y te será eternamente reconocido tu mas afecto servidor

J. A. P.

Ubi vanus animus, aura captus frivola,
Arripuit insolentem sibi fiduciam,
Facile ad derisum stulta levitas ducitur.

Phed. Fab. VII. Lib. V.

El hombre que seducido
De vanidad mal fundada,
Al amor propio da entrada,
Y á la adulacion oido;
Facilmente convencido
Será, de que la alabanza
Que se adquiere sin templanza,
Y modesto desapego,
En mofa se cámbia luego
Que halla lugar la venganza.

ACTO PRIMERO.

Gabinete de Rosalba.

ESCENA PRIMERA.

Rosalba sentada, mirándose en el espejo: Eugenia, que acaba de peynarla, se lava las manos en una fuente, que habrá en otra mesa, y Lucinda en la parte opuesta aplicada á la labor, vestida con aseo y sencillez.

Rosalba, Eugenia, Lucinda.

Rosalba. Vaya mi querida Eugenia, desde que haces figura, y pareces una Dama, no haces maldita la cosa que valga la pena.

Eug. ¿Porqué lo dice Vm. Señora?

Ros. ¿Qué tal este peynado? ¿Esto se llama de gusto?

Eug. Cabalmente es el mismo, que tanto á Vm. le petó ese otro dia.

Ros. ¿Y qué tenemos con esto? ¿Acaso ignoras qué tocante á modas, lo que ayer fué excelente, mañana será un despropósito? El buen gusto es como el tiempo, que nunca para, cambia á todos momentos, escoge lo mejor, y corre á su última perfeccion.

Eug. No lo dudo: pero me disgusta, porque es una ciencia demasiado vana y dilatada, que nunca tendrá fin.

Ros. En esto se conoce que eres plebeya.

Luc. (*Ríese.*)

Ros. Pónme ese bonetillo de nueva in vencion, para-

que disimule el mal gusto del peynado.

Eug. Muy bien.

Luc. (*á Ros.*) Si puedo serte útil, estoy pronta á servirte.

Ros. De ningun modo. No quiero molestar á mi sabia hermana. Valdría mas que cuidases de asearte, y presentarte con decencia.

Luc. Yo voy á mi gusto; ademas que visto segun me corresponde.

Ros. Te lo concedería si fueses menestrala, ó tendera, pero como á hija de un Comerciante milionario tu porte provoca á náusea.

Eug. Si Vm. sigue moviéndose, no harémos nada.

Luc. Muchas veces he oido decir, que las hijas de un Comerciante deben distinguirse con la vestidura limpia, sencilla y modesta. Todos saben que es rica; pero no todos saben que sea humilde y virtuosa, si no lo tocan con la mano.

Ros. ¡Viva la sabia de este siglo! Ese es el resultado de las despreciables máxîmas de nuestro avaro y antiquado Tio.

Luc. Añade tambien de nuestro Padre.

Ros. (*enojada.*) Eh, dexémonos de disputas. Eres una tonta presumida, una charlatana sin saber lo que te dices.

Luc. Así has ganado el pleito. (*Encogiendo los hombros, hace por contener la risa, y vuelve á sentarse.*)

Eug. ¿Qué tal? ¿Cae bien así?

Ros. Bien, muy bien.

Eug. Mírese Vm. en el espejo.

Ros. No es menester, está bien.

Luc. (*Ap.*) ¡Como la ha puesto la rabia!

Ros. (*volviendo la silla.*) ¿Con que estás resuelta á dexarme?

Eug. Así lo exîgen las circunstancias en que me hallo.

Ros. ¿Y vas á sepultarte en la campaña?

Eug. Demasiado tiempo he vivido en la Ciudad, y

ya no soy tan niña que no conozca lo que me conviene. Cierto pariente mio se ha acordado de mí en su última hora, y me ha legado una posesion, suficiente para mantenerme con toda decencia; por lo que he resuelto retirarme en ella con mi madre, y hacerla partícipe de mi fortuna.

Ros. ¿Has hallado la camarera que debe reemplazarte?

Eug. Sí señora. Está esperando licencia para entrar.

Ros. Con la condicion que sea de mi gusto; ya me entiendes: no siendo así, no permitiré que te vayas.

Eug. Creo será de toda su satisfaccion.

Luc. (*Ap.*) Por dificil lo tengo.

Ros. ¿Donde está? ¿Porque no la presentas?

Eug. No sabiendo si podia incomodar á Vm. he hecho que esperase en mi quarto.

Ros. Tengo deseos de verla. Haz que al instante venga.

Eug. Luego. *vase.*

Ros. ¡Qué buena muchacha es esta Eugenia! ¡quanto me pesa el perderla!

Luc. (*Ap.*) Ahora que se va, se ha hecho buena, y ántes era mala é intolerable.

Ros. (*Vuélvese al tocador, y se compone el vestido, y el peynado*).

ESCENA II.

Rosalba, Lucinda, Florante.

Flo. (*Ap.*) Aquí está. ¡Que fortuna de no hallar alguno de tantos rivales hiriendo sus sonoros tímpanos! (*Dirigiéndose á Rosalba.*) Idolatrada Rosalba, permita Vm. que el mas fogoso de sus adoradores...

Ros. ¡Qué insolencia es esta! ¿Así se sorprehende á una muger de mi clase?

Flo. ¿Qué me sucede? Esto es asesinarme. Si yo...

Ros. Si yo... Si yo... como... quando... ¿Quien le ha llamado? ¿Quien le ha dado licencia?

Flo. El amor mio.

Ros. Su amor de Vm. será un gran jumento, Señor Colegial. ¿Quien le ha enseñado á internarse en una casa, sin hacerse anunciar y pedir permiso? ¿Esto ha aprendido Vm. en el Colegio?

Flo. Perdone Vm. Señora... Pero como ayer, anteayer, y siempre me habia dispensado la libertad de visitarla con franqueza, y sin guardar fórmulas, ni ceremoniales, en consequencia no habría creido...

Ros. No habría... no habría... respuesta propia de un ignorante. ¿Sabe Vm. lo que va de ayer á hoy? ántes era una cosa, y ahora es otra. ¿Acaso he entrado en pactos con Vm. para no poder negarle mañana lo que hoy le permita? ¿Acaso no puedo en mi casa hacer lo que me dé la gana? En fin si supiera Vm. su deber, apreciara mis gracias, y no abusara de ellas. ¿Lo tiene Vm. entendido?

Flo. (*Ap.*) No hay otro recurso que calmar mi exâltada bilis. - He cometido un desliz, lo confieso; y si Vm. me lo impera, me iré al momento.

Ros. Ya que ha entrado Vm. con licencia de yo me la tomo, puede muy bien quedarse.

Flo. No puede Vm. dispensarme mas alto favor.

Ros. Siéntese Vm.

Flo. No sé hallar frases para agradecerla fineza tanta.

Luc. (*Ap.*) ¡Que animal! Hace como los perros, que lamen, acarician, y menean la cola al que los apalea.

Flo. Idolo encantador de mi asado corazon, yo no encuentro bonanza ni regocijo, sino á la sombra del arquitectónico y bellísimo edificio de su persona.

Luc. (*Ap.*) Por la propiedad y elegancia de su estilo se infieren los adelantamientos que ha hecho en las letras.

Ros. Ya lo sé.

Flo. Espíritu profético debe inflamar á Vm. ¿Como lo sabe?

Ros. Así me lo han dicho otros muchos, que se le parecen.

Flo. ¡Como tropieza Vm. en la falaz apariencia! Solo yo poseo á la última perfeccion la ciencia deliciosa de Cupido: solo yo conozco los deberes y finuras de un amante amoroso y derretido. Seguramente que de quantos han parlamentado á Vm. tan á mi pesar y costa, en ninguno ha hallado la lengua é intestinos del amor.

Ros. Dígole que se le parecen.

Flo. ¡Oh Dioses! Oxala pudiese abrirla de par en par las puertas de mi volcánico corazon.

Ros. Dexe al corazon en su lugar; siéntese Vm. y calle.

Flo. (*Se dexa caer sobre una silla.*) ¿Qué los mensageros de mis afectos estén ociosos á tiro de esos rayos? Esto es querer que el Sol enfrie, y caliente el yelo.

Ros. ¡Que tremenda y retumbante elegancia se le ha pegado en el Colegio!

Flo. Nada le debo al Colegio; en él solo me enseñaban á hablar macarrónicamente, como hablan todos: si algo sé, y me diferencio de lo vulgar, es parto de mi claro y abultado celebro.

Ros. (*Le dá un libro.*) Este libro es excelente, y puede serle muy útil.

Flo. El ojear libros me es muy fastidioso: en ellos no hallo mas que una monotonía. Todos echan sus mentes en las idénticas frases, tan chavacanamente que todos las entienden, sin el auxîlio de los setenta intérpretes; á fe mia que si me pega la humorada de mojar el cálamo, pocos habrá que entiendan mis opúsculos, aunque salgan en su socorro setecientos mil exploradores: y en fin ¿qué mejor lectura que la de esos soles?

Ros. Empieze Vm. á domesticarse en ella, si quiere aprender á leer en mis ojos, sin que padezca engaño.

Luc. (*Ap.*) Buen par de locos en una jaula.

Flo. (*Abre el libro*) Señora, Vm. se mofa.

Luc. (*Ap.*) Que mucho, si se burla de todos.

Ros. ¿Porqué?

Flo. ¡El Galateo! ¡Á mí el Galateo!

Ros. ¿Le parece á Vm. que no lo necesita? Párese en el título.

Flo. (*Lee.*) Galateo para los amantes.

Ros. Para un aprendiz de amor, esta es una fuente, en donde se bebe el arte de agradar á las mugeres.

Flo. ¿Es posible que me juzgue tan rapaz y poco experimentado en el amor, quando soy el mas agigantado de los amantes?

ESCENA III.

Rosalba, Lucinda, Florante, Eugenia, Morisqueta, Roque sin librea.

Eug. Esta es Señora.

Florante hojea el Libro; y manifiesta en quantas páginas lee, que nada le gusta.

Ros. Acércate muchacha.

Mor. (*Hace una cortesía á la francesa.*) Reconozca en mi una servidora suya. Tengo la mayor satisfaccion en poder ofrecer mis cuidados y servicios á VS.

Ros. (*Ap.*) Bueno... la introduccion no me desagrada, y sus modales me inclinan... (*Á Eugenia.*) ¿Quien es aquel que está esperando?

Eug. Es un infeliz, que ha sabido necesitaba Vm. un criado, y se presenta para que admitiéndole pueda ganarse el sustento.

Ros. (*Á Morisqueta.*) Dexa que me desembaraze de ese, y luego hablarémos. (*Al criado.*) Ven acá.

El criado se acerca haciendo muchas cortesías.

Luc. (*Ap.*) ¡Que ella tenga que hacerlo, y deshacerlo todo! ¡que Padre sufra sus extravagancias!

Ros. ¿Hace mucho que sirves?

Roq. Sí Señora.

Ros. ¿En qué casas has servido?

Roq. En muchas de Comerciantes.

Ros. ¿Y no mas?

Roq. No mas.

Ros. Quedo enterada. Ya puedes irte.

Roq. ¿Porqué, Señora? ¿Qué he dicho?

Ros. No quiero criados de Comerciantes, porque no han aprendido á servir que por mitad.

Roq. Perdone Vm. Señora; y permítame la diga, que no esperaba semejante respuesta, sabiendo es Vm. hija de un Comerciante.

Ros. ¡Insolente, temerario! ¿Quieres tú parangonar á mi Padre con los demas? ¿Por ventura estoy obligada á justificarme contigo, y noticiarte que se nos dá un trato mas que noble? Enhoramala pordiosero; y ten entendido que no admito siervo alguno, sin que esté amaestrado en el servicio de la gente condecorada.

Roq. Paciencia: mi adversa suerte me ha hecho dar con una insufrible Quixota. Saludo á la Princesa de los Negociantes. *Vase.*

Mor. (*Ap.*) La leccion me ha venido de perlas, y aunque tampoco he servido sino á gentes de baxa clase, ya sé como debo portarme. No se perderá por mi parte.

Ros. (*Á Morisqueta.*) Ahora estoy para tí. ¿Como te llamas?

Mor. Lucía á las ordenes de VS. Mi apellido es Morisqueta, mi Padre fué oficial de la armada, (*Ap.*) de un Cuchillero. -- Por ciertas desgracias... ya sabe VS. que en eso de las familias hay muchos altos y baxos.

Ros. Viva Morisqueta. Tu espíritu, y gracia me encantan. Se te llamará Morisqueta.

Mor. Muy bien. (*Ap.*) El apellido la ha persuadido. Quien habia de pensar que hasta en el nombre hallase dificultades.

Ros. ¿En donde has servido?

Mor. En este particular tengo tanta vanagloria, que sino fuese VS. mas que una simple Comercianta, no me dignaría servirla. Pasé mi noviciado en casa de una Dama viuda, la que en poco tiempo me hizo recorrer todos quantos registros tiene la moda. (*Ap.*) Era modista. – Despues de su muerte entré en el servicio de la Condesa de la Flor, (*Ap.*) una Florista, – muger filósofa y estudiativa de la naturaleza, á la que dexé, porque con ella hacía pocos adelantamientos, y temiendo perder lo poco que sabía, pasé al servicio de la Marquesa de la fonda. Aquella sí, que era toda una Señora, madre de la novedad, el oráculo del buen gusto. (*Ap.*) ¡que buenos guisados hacía! – Mal me está el decirlo, baxo su direccion perfeccioné mi paladar y aprendí á escoger las mejores invenciones. Esa es la historia de mis ilustres servicios: será mi mayor fortuna, poder coronarlos en él de una Dama tan noble, que supera en méritos á todas las demas.

Ros. Tú hablas con mucha alma y gracia, y me inclinas á amarte. Vaya que tú debes ser una maestra.

Mor. (*Ap.*) Con un emplasto de embustes he dulcificado su acrimonia. – Señora, no me haga VS. colorear, ántes permita que acredite mis dichos, po-

niéndolos en obra. (*Á Eugenia.*) Espero no lo tendréis á mal: este bonetillo todos dirán que está bien puesto, y efectivamente lo está; pero puede estar mejor.

Ros. (*Mirándose en el espejo.*) Lo hallo bien.

Mor. Pues una friolera, una pequeña inclinacion, un nada, varía el punto de vista, realza la fisonomía, dá brio y elegancia á la cabeza y á todo el cuerpo. Mírese ahora.

Ros. Tienes razon. Ni siquiera lo habría soñado.

Luc. (*Irónica.*) ¡Qué feliz descubrimiento!

Flo. (*Ap.*) La cólera se me exâlta. ¡Que haga mas caso de una vil fámula, que de los meritorios merecimientos, que tiene tan merecidos un amante fundido en los crisoles de amor! Maldito sea el libro, la camarera, y el que la ha embiado.

Mor. Esta madexa de cabellos está demasiado atrás, y dexa vacía esta parte: ha de baxar un poco mas, y configurar côn estos rizos, que deben estar algo mas obliqüos hácia la frente. Mire, mire VS. como pocos cabellos, distribuidos con arte, multiplican los atractivos y gracias de su hermoso rostro.

Ros. Divinamente. (*Ap.*) Esta muchacha es un portento; estoy contentísima, y me alegro que la suerte la haya conducido aquí. – Eugenia, entérala de todo lo de la casa y principalmente de mi guardaropa, y despues vendrás á despedirte, en el seguro que siempre hallarás en mí una protectora.

Mor. Concédame VS. el honor de besar su mano.

Ros. (*Se la alarga con afectada dignidad.*) Á Dios Morisqueta.

Mor. (*Con una reverencia á la francesa se vá con Eug.*

Ros. (*Se levanta.*) ¡Qué importante adquisicion he hecho!

Flo. ¡Gracias á las estrellas fixas, que han despejado!

Ros. ¿Que te parece hermana? Ella está á tu disposicion.

Luc. Muchas gracias: me alegro de que poseas tal tesoro, pero para mí no sirve: mi camarera es la señora mano.

Ros. Sí, sí, al estilo de las menestralas.

Luc. Sencillas y naturales, asi me gusta. Hermana, no quiero perder la paciencia, y engendrar malos humores. *Vase.*

Flo. Ahora que estamos solitarios, permita Vm. que menée mis quixadas y pronuncie una cópula de vocablos.

Ros. Locucion admirable. ¿Qué tal es ese libro?

Flo. Muy malo.

Ros. Señor ensalmador de disparates, es Vm. un ignorante.

Flo. Ya veo que esto es chanza; pues no es Vm. tan estúpida, que no me tribute la primacía entre todos quantos han fraseado. ¿Á qué no lo dice Vm. de veras?

Ros. ¿Y aunque lo dixera?

Flo. Sería acreditarse de una insapiente.

Ros. ¿Pretende Vm. poner límites á mis dictámenes? ¡Incivil!

Flo. ¡Ingrata! ¡Cruel!

Ros. Ola, ola, Señor avechucho, ¿conmigo poco levantar el gallo. Váyase Vm. muy... norabuena.

Flo. (*Arrepentido.*) Perdone Vm. mis arrebatos... la pasion me saca de mis casillas.

Ros. No haríamos los dos buenas migas. Adviértole que sé domar frenéticos, y hacerles estar á raya. ¡Cuidado!

Flo. Malditos sean los pages de Pluton. Cayga sobre mi el zodiaco por entero. *Yéndose.*

Ros. (*Calmada.*) ¿Se vá Vm?

Flo. Aquí estoy incontrastable qual escollo.

Ros. ¿Llora Vm.?

Flo. Pluguiese al hostil hado, que pudiese Vm. exâ-

minar el intermedio de mis pulmones.

Ros. ¡Pobrecito!

Flo. Mis aquarios sean los embaxadores de los sentimentales sentimientos, que me inflaman para con Vm.

Ros. Yo misma quiero enxugarlos.

Flo. Encanto hechizador, solamente la pido algunas dracmas de conmiseracion.

Ros. ¿Me conceptua Vm. una Medea? Sepa que tengo un corazon tan tierno como el suyo.

Flo. Benditos sean esos corales. ¿Por ventura me idolatra Vm.?

Ros. ¡Ay! (*Ap.*) ¡Qué gusto es reirse á expensas de los que se creen arrastrar tras sí la atencion y afecto de todas las mugeres! Á quantos conozco de esta casta de animales.

Flo. ¡Hórrida taciturnidad! ¿Fluctua Vm. acaso en el piélago de la irresolucion?

ESCENA IV.

Rosalba, Florante, Eugenia.

Eug. Madama Rúspoli, y su Esposo.

Ros. Que pasen adelante, no les hagas esperar. (*Ap.*) Así me libraré de este postema. (*Vase Eugenia.*

Flo. ¡Qué constelacion tirana reynaba en el dia de mi parto! ¡Todos los íncolas terráqueos se han conjurado contra mí!

ESCENA V.

Rosalba, Florante, Madama Rúspoli, Don Fernando.

Fer. Buenos dias hermosa Rosalba.

Ros. ¿Como está Vm. Don Fernando?

Fer. Perfectamente, y mucho mejor en la amable presencia de Vm.

Flo. (*Ap.*) ¡Si se te añudasen las fauces!

Fer. (*Besa la mano á Rosalba.*) ¡Que bella mano!

Dichoso aquel que alcanze la posesion de tan preciosa joya.

Rús. Vea Vm. un viejo sin dientes, que casi no puede tenerse en pie, y pretende aun requebrar, y hacerse el jóven. ¿No ves que te ridiculizas?

Fer. ¿Quien tal dice?

Rús. Yo.

Fer. Eres muy mal juez.

Rús. Demasiado bueno para conocer tus habilidades y picardijuelas... Vaya, no me hagas hablar, que te valdrá mas.

Fer. ¿Y qué tal, si yo hablára?

Ros. Al que lleve ventaja, buen provecho. ¿Á qué viene incomodarse? Don Fernando es buen hombre, y me gusta.

Fer. ¡Bendita sea esa boca! Mira quien conoce el mérito.

Ros. Sentémonos. Hoy comerémos juntos, y esta noche tendrémos tertulia: mi Padre se ha metido en la cabeza que habia de ser esta noche.

Rús. Mejor.

Fer. Nos divertirémos... ¿Habrá buenas mozas?

Rús. ¿Y qué te importa saberlo, estropeado? ¿Acaso intentas arrullar alguna con tu brio y belleza?

Fer. Quien sabe. Á veces el perro viejo caza mejor que el jóven.

Ros. Viva Don Fernando, que no pierde los ánimos.

Rús. ¡Viejo tronera!

Ros. (*Á Florante*) ¿Qué hace Vm. en ese rincon? ¿Porqué no se sienta Vm.?

Flo. Esperaba una pequeña insinuacion. *Siéntase.*

Ros. (*Ap.*) ¡Qué botarate!

Rús. ¿Quien es este Caballero?

Ros. Viene algunas veces á hacerme reir, y divertirme.

Flo. (*Se levanta enojado.*) ¿Y nada mas? ¿Es decir

que solo sirvo á Vm. de momo, y que se divierte á mis expensas?

Ros. ¿Está Vm. loco? ¿Á qué vienen tales arrebatos?

Flo. ¿Soy su pruchinela de Vm., solamente idoneo para provocarla á risa?

Ros. ¡Lo que es tomar el cuchillo por la punta! Pensando elogiarle, le he agraviado. Júzguenlo estos Señores. ¿No se enojará Vm. quando le diga que me hace llorar?

Rús. Divinamente.

Flo. (*Ap.*) ¡Maldito sea mi sulfúreo genio! Tiene mucha razon.

Ros. ¡Vean Vms. quan viva y poco sufrida es esa juventud!

Rús. ¿Y que se dirá de los viejos?

Fer. De los viejos, de los viejos... siempre con los viejos. ¿Quien eres tú? Una muchacha vestida de veinte y cinco veranos, y aforrada de otros tantos estíos.

Rús. No hay sufrimiento para esto. (*Ap.*) ¡Quan doloroso nos es que se publiquen semejantes datos! Quantas borrarian su santo del calendario, para que los curiosos no pudiesen llevarlas la cuenta.

Ros. Don Fernando, esto es muy mal hecho: ningun secreto debe guardarse mas escrupulosamente, que los años de una muger: su edad ha de ser un misterio para todo el mundo.

Fer. Tiene Vm. razon: algunas conozco que han pasado catorce ó quince años, sin que ellas hayan subido de los veinte y cinco. Cierta Señorita se casó á los veinte, tenía yo entonces quarenta; cosa maravillosa, ella dice que no pasa de veinte y cinco, quando yo cuento ya con los cincuenta y quatro.

Rús. ¿No callarás, mala lengua? Dexemos este asunto. ¿No piensa Vm. en casarse amiguita?

Ros. Quando hallaré un hombre á mi gusto.

Flo. ¿ Todavía no han herido sus retinas las gracias de algun Adonis? ¿ Ningun latigazo de Cupido ha obligado jamas al escape á su postillon pulmonar?

Ros. ¿ Acaso hablo con Vm?

Fer. Entre tantos adoradores facil es elegir.

Ros. Á decir la verdad, no he hallado uno, que haya sabido persuadirme. Este tiene un defecto, aquél otro; este es adusto, aquél impertinente y charlatán; este falto de gracias personales, aquél de las del espíritu. Unos son presumidos, iracundos y zelosos; otros calzonazos, imprudentes y comadreros. Sí, sí; yo no sé disimular: soy síncera, y tratándose de hablar claro y sin rodeos, nadie me gana.

Fer. Si espera Vm. hallar un hombre sin pero, la aseguro que morirá doncellita, aunque viva muchos siglos.

Flo. (*Se levanta con seriedad.*) Con el beneplácito de Vms.

Ros. ¿ Se vá Vm.?

Flo. Irremisiblemente.

Ros. ¿ No quiere Vm. pasar...?

Flo. Por un estúpido, por un hombre irrisible y sin entidad. Sé que esa alma solo se apacienta en los desalados prados, en donde vegetan la amarga sátira y la ridícula mofa; y esto me basta para que evite el servir de estiercol para fecundizarlos. Quédese Vm. con Dios, mientras por plenipotenciario procurador de mi venganza nombro al tiempo, implacable enemigo de las bellezas, para que arrugue ese cutis, y la haga encanecer ántes de la crisis. *Vase.*

Ros. ¡ Pobre insectillo! Es preciso compadecerle. Él se ha figurado el mundo á su capricho.

Fer. ¡ Quan despechado se ha ido!

Ros. No dexará de volver. ¡ Quanto me divierte con su extravagante locucion!

ESCENA VI.

Rosalba. Madama Rúspoli, Don Fernando, Amon vestido á la antigua.

Amon. (*Desde dentro.*) ¿Puedo pasar adelante?

Ros. (*Ap.*) Á qué vendrá mi fastidioso Tio? ¡Qué intempestiva visita!

Amo. (*Con ironía.*) ¿Discurro no llevarás á mal, que haya entrado sin hacértelo avisar? (*Saluda á Don Fernando y á Madama Rúspoli.*

Ros. Tio, sea Vm. bien venido. (*Ap.*) ¡Qué bella perspectiva! Este Tio me envilece, y no puedo mirarle, sin que la cara me cayga de vergüenza.

Amo. Vengo de parte de tu Padre, y mia, paraque me digas, ¿hasta quando piensas embrollarnos y hacernos perder la chaveta?

Ros. ¡Qué bello modo de hablar á una Sobrina noble y bien educada!

Amo. Mal educada digo.

Ros. ¡Esto mas! Esto es afrentar á mi Padre.

Amo. ¿Y bien, qué tenemos con que lo sea? Vosotros sois los que ántes me habeis afrentado; él haciéndome espectador de su imprudente condescendencia, y tú de tus insufribles locuras.

Ros. (*Ap.*) No hay mas que sufrir hasta que se pueda, y luego desembarazarse de esta antigualla con desenvoltura.

Amo. Tu Padre es un buen hombre: sí. Llevado del paternal cariño, te ha dado demasiada libertad para tratar á muchos hombres; y con la mira de no sacrificarte en la eleccion, te ha abierto campo para hacerte ridícula y despreciable. Bien puede él dirigir ardientes votos al Cielo, para recibir de tí su posteridad, que mientras tu desenfrenado orgullo te haga despreciar á quantos se te presenten, no dexará de salir con la suya.

Ros. No, no, no quiero casarme. Todavía no he hallado un hombre á mi satisfaccion.

Amo. ¿Sabes porqué ninguno te gusta? porque has tratado demasiados. Las Señoritas de tu conducta ó nunca se casan, ó tardan mucho; y al fin tienen por necesidad que tomar al que las quiere, y no al que ellas quieren: y ordinariamente las caben muy malos ternos. Si hubieses hecho á la moda de mi tiempo, en que las muchachas no trataban sino á uno solo, te habría gustado con todos quantos defectos pudiese tener encima, y aun te habrias chupado los dedos; pero la maldita libertad te ha perdido.

Ros. (*Ap.*) Ya no puedo mas.

Fer. (*Ap. á Rúspoli.*) Tiene muchísima razon.

Rús. (*Ap. á Fernando.*) ¿Qué sabes tú? Esas son secaturas del siglo pasado.

Amo. ¿Qué modales son los tuyos? ¿Con qué privilegio pretendes hollar á quantos te favorecen pidiéndote por esposa? Uno es flaco, otro gordo; este pequeño, aquél demasiado grande; y en fin en todos hallas taras. ¿Por ventura ha de fabricarse un hombre á propósito, para que satisfaga tus extravagancias? ¿Y qué se dirá del desprecio que haces del trato de los Comerciantes, y del de tus parientes? ¿Te has olvidado acaso de tu nacimiento, y de la sangre que te vivifica? Muger mal aconsejada, atiende á tus obligaciones, ó á lo ménos á tu propio interes. Hoy mismo debes elegir á uno por marido: ya se acabó el conducirnos agarrados por las narices. Resuélvete, mira que aun se te dexa en libertad para escoger; de lo contrario suplirá la fuerza lo que no pudo persuadirte la benignidad.

Ros. (*Apresurada.*) ¿Y porqué no mandan casar á mi hermana?

Amo. Porque el buen orden exîge que en primer lugar se dé estado á la mayor, (ya se me apura la paciencia) porque es nuestro gusto, y porque somos dueños de quererlo así.

Ros. (*Ap. apartándose.*) Voy á responderle alguna fresca.

Fer. (*Ap.*) ¡Esta sí que es buena! Muchas hacen ir las casas de arriba abaxo por escasez de maridos, y esta por la abundancia los desestima.

Amo. (*Reparando en que Rosalba se ha apartado.*) ¿Qué, qué, como es esto? ¿Te incomoda estar á mi lado?

Ros. Como Vm... ya se vé...

Amo. ¿Qué me respondes?

Ros. (*Estregándose las narices.*) Nada, nada.

Amo. ¿Qué, qué significa ese estregar tus narices?

Ros. Quiere decir... Vaya, hablando francamente, señor Tio, sus vestidos de Vm. echan un tufo de antiguedad, que es bastante desagradable. El vaho de los paños viejos es insufrible.

Amo. ¿Conqué tenemos que mi vestido hiede? ¿Y esta es tu respuesta?... (*Levántase.*) Lo tengo entendido... ¡Miserable! Voy á librarte de mi presencia. No quiero ofender la delicadeza de tus narices con el mal olor de mis paños: con todo quiero advertirte, que este vestido, y esta antiguedad pueden hacerte arrepentir, quando ménos pienses, de haberlos insultado y despreciado: que esta sencillez puede hacer prodigios; y tus corales, joyas y bordados no servirán de otra cosa, que de hacerte aborrecible, y quizá para enxugarte las lágrimas, cuyo manantial nacerá de tus devaneos. Señores, queden Vms. con Dios. *Vase.*

Ros. ¿Habeis reparado con que garbo me lo he quitado de delante?

Rús. Pero Vm. le ha agraviado sobremanera.

Ros. Así vendrá ménos á incomodarme.

Fer. (*Ap.*) No es mucho haya tantos insolentes, si la insolencia se toma ahora por garbo. - ¿Porqué ha dado Vm. en la tema de no casarse?

Ros. ¿Porqué, porqué? mientras puedo ser el ídolo de muchos, y vivir á mi antojo, ¿porqué he de poner límites á mi libertad, y entregarme á la esclavitud? Todos los hombres, ántes de casarse, parecen unos corderitos; pero luego despues sacan las uñas, mandan y gritan despóticamente. Yo me entiendo. Si he de hacer un despropósito, lo haré; pero quando me dará la gana, y sobre todo lo mas tarde que me será posible.

ACTO II.

Noche.

Sala inmediata á un grande salon, con cristales en sus puertas, en el que habrá varias mesas de juego con dos bugías en cada una, dispuestas de modo que puedan ser vistas de los espectadores.

ESCENA I.

Teodorico.

Teo. No tengo que esperar satisfaccion alguna sobre la tierra: la riqueza misma aumenta mi afliccion, no pudiendo emplearla á medida de mis deseos ¡Ah! Esa hija frenética, soberbia y ambiciosa me ha de labrar el sepulcro con sus extravagancias y altanería. ¡Quan desgraciado soy! Mi corazon es demasiado débil y tierno: aunque me enoje, no sé resolverme; quisiera castigarla, mas mi excesiva ternura me obliga á contemporizar, y desarma mi brazo.

ESCENA II.

Teodorico, Amon, Octavio.

Amo. ¿Qué haces aquí tan solo? ¿Qué estas cavilando? ¿Piensas en algun nuevo vestido para tu odorífera Rosalba?

Teo. ¿Hermano, quieres matarme? Ya sé que esa hija nos hace ridículos á los ojos del público.

Amo. ¡Ridículos! poco es. Hablan mal de vosotros, os desprecian.

Teo. Tú vienes á desesperarme, en lugar de darme consuelo.

Amo. ¡Á tiempo estamos de consuelos! Eso quiero yo. Es menester resolucion, y duro, duro.... pero te compadezco. Eres un babieca: en tu lugar.... yo, yo...

Oct. ¿Qué saca Vm. de aflgirle mas y mas? Su culpa es nacida de su mucha bondad, de su sensible corazon.

Amo. Reniego de tal bondad, que produce tan malas conseqüencias, como si procediera de un corazon el mas depravado. ¿Qué se me da á mí que el mal dimane de la probidad, ó de la maldad? Su origen siempre es malo, y esa que llamais bondad, en tal caso, detestable.

Teo. (*Suspira.*) Estoy resuelto á valerme de la fuerza.

Oct. Es tarde ya: su carácter se ha endurecido con los años. Es verdad que es necesaria una fuerza superior para reducirla; pero acompañada de un arte que no parezca tal, y que inspirándola un espontaneo arrepentimiento, la pruebe la necesidad de corregirse. ¡Si yo la hubiese conocido ántes!

Amo. Aun está Vm. á tiempo; y si la reduce á que le elija por marido, le nombraré mi heredero.

Teo. Hágalo Vm. por Dios.

Oct. No sé con que expresiones agradecerles tantos favores.

Teo. Me ocurre una idea, que creo, no desaprobarán: soy de dictámen, que obligándola á que haga la eleccion en presencia de algunos amigos, el rubor y la buena crianza la pondrán en precision de declararse á favor de uno de tantos pretendientes: seguramente. ¡Oh! no es posible que pueda...

Amo. Hacer algo de bueno. Hermano, no sabes á quanto llega su osadía.

Oct, Con todo, Señor Amon, no es mal pensamiento; y en fin se la estrecha en quanto es dable, y si no sale la prueba, poco se habrá perdido.

Teo. Esta misma noche lo he de poner en obra: á fe mia que entre la espada y la pared se ha de ver.

ESCENA III.

Teodorico, Amon, Octavio, Morisqueta pondrá una baraja en cada mesa.

Amo. ¿De donde ha salido esa muger?

Teo. ¿Aun no la habias visto?

Amo. ¿Te preguntaria por ella?

Teo. Es la nueva Camarera, que ha tomado tu sobrina.

Amo. ¿La despótica de esta casa? (*A Morisqueta.*) Ven acá bella muchacha.

Mor. Bella no, es demasiado; si dixera graciosa, espiritosa...

Amo. Espiritosa, ó espiritada.

Mor. (*Ap.*) Malo... ¡Que pronto pasamos de los cumplimientos á la familiaridad!

Amo. Si eres espiritosa, te mancomunarás con nosotros para corregir á tu ama; pues los consejos de una experimentada Camarera tal vez la harán impresion, y serán adoptados: pero si espiritada, te unirás con ella para exâltar su locura, y ponernos en mayor consternacion; mas entonces nos o-

bligarás á embiarte á todos los diablos... Ven acá. Para animarte á segundar nuestras ideas, y procurar que Rosalba elija un marido, prometo hacerte, el dia despues de su boda, una dote de trescientos ducados para quando tomes estado.

Mor. Este es un conjuro demasiado poderoso. Aseguro á Vm. que no tendrá que quexarse de mí.

Amo. Anda, y dila, que la estamos esperando.

Vase Morisqueta haciendo muchas cortesías.

Amo. Esa gente venal es muy sospechosa: se halla siempre dispuesta á obrar bien, ó mal, y solo les decide para este, ó aquél el exceso del premio.

ESCENA IV.

Teodorico, Amon, Octavio, el Conde Florindo sirviendo de bracero á Lucinda, Claudio á Madama Rúspoli, Ridolfo á Eugenia, Don Fernando solo. Á medida que van saliendo saludan á Teodorico y á los demás.

Teo. Me alegro, Señor Ridolfo, que en mi casa haya hallado una Dama, con quien emplear sus rendimientos: Eugenia es una bella muchacha.

Eug. El Señor ha querido divertirse conmigo: con todo ha sido un honor para mí el que me haya obligado á aceptar su brazo.

Rid. Vm. se lo merece y tres mas... Fuera de que ¿sería Vm. por ventura la primera Camarera, elevada á Dama por un Caballero de buen gusto? ¿Quantas veces hemos visto á una cocinera, á una fregona transformarse en Señora? Estas son configuraciones muy familiares. Ayer solo era Vm. una criada; pero como desde hoy empieza á vivir de entrada, se ha mudado la escena, y con ella su papel en él de Señora.

Eug. Diga Vm. quanto quiera, que no he de ofenderme.

Teo. Madama Rúspoli, mucho me temo que ese Cortejo será de poca duracion.

Fer. (*Ap.*) ¡Quiera Dios que así sea!

Cla. Este es un testimonio... ¿Con qué motivo...?

Rús. ¿Señor inocentico, quiere hacernos creer que aun se chupa el dedo? Le conocemos. Vm. quisiera hacer con las mugeres, como con las camisas; una, dos, ó tres á la semana.

Fer. (*Ap.*) ¡Eso va bueno! Á los solteros nunca les faltan compañeras, y yo que la tengo propia, estoy de espectador, haciendo la figura del marido sofocado.

Teo. ¿Don Fernando qué hace Vm. tan retirado?

Fer. Nada... Estoy de apuntaciones... Observo los lances y conquistas.

Teo. Ese es el empleo que nos cabe á los Viejos. No servimos sino de mirones, y para hacer número.

Fer. (*Ap.*) Maldita sea esta peluca cana: en adelante quiero usar una á la *Titús*, para ver si salgo con la mia, y me vengo de ese demonio de muger.

Teo. ¿Y porqué estamos en pie? Vamos, Señores, elija cada uno el juego que mas le quadre... (*Señalando al salon.*) Allí hay barajas, y tableros. Vamos, vamos. Sin cumplimiento.

Rús. (*Á Ridolfo.*) ¿Quiere Vm. jugar?

Rid. Con mucho gusto.

Fer. (*Ap.*) Ella jugará, y á mi me tocará pagar.

Rús. (*Á Claudio.*) ¿Y Vm. Señor tantas veo, tantas quiero?

Cla. Si con esto he de complacerla...

Rús. Aun no somos mas que tres.

Rid. Don Fernando hará el quarto.

Rús. De ningun modo.

Rid. ¿Porqué?

Rús. La moda me prescribe no hacerme ridícula jugando con mi marido.

Fer. (*Ap.*) Bueno, bueno... Esa tambien es moderna... El ir á paseo, el jugar con el marido, se ha hecho una cosa ridícula. De mejores oirémos. ¡Qué lástima, que un garrote...! ¡Locas!

Rid. La Señora Eugenia nos acompañará.

Eug. Bien... Pero les advierto que he jugado muy pocas veces, y así no admiren haga mas de quatro renuncios.

Con. ¿Como no viene la Señora Doña Rosalba?

Teo. Comparecerá quanto ántes.

Con. ¿Qué me dice Vm. de su amable Lucinda? Tengo ciertos pensamientos...

Luc. Aprecio el favor, ó sea la chanza.

Rús. (*Á Claudio.*) Caballero, le advierto que si no pone mas atencion en el juego que otras veces, me obligará á enojarme.

Fer. (*Ap.*) Está tan hecha á enojarse conmigo, que le parece lícito enojarse con todo el mundo. ¡Qué excelente muger me cupo en suerte!

Todos entran en el Salon, excepto Amon y Octavio que se quedan en conversacion. Lucinda y el Conde ocupan una mesa con el juego de damas; Madama Rúspoli, Eugenia, Ridolfo, y Claudio otra jugando á naypes. Teodorico vuelve á salir y se junta á la conversacion de Octavio y Amon. Don Fernando se sienta al lado de Eugenia hasta que Teodorico le llama.

ESCENA V.

Los anteriores, y Rosalba ricamente vestida entra con ayre de superioridad, y despues de saludar á su Padre y demas de la sala, se dirige á los que juegan.

Ros. Señores beso á Vms. las manos.

Fer. (*Ap.*) Anda á paso de parada, que parece la gran Cenobia.

Con. (*Levantándose*) Á los pies de Vm. mi Señora Doña Rosalba. Ya hallábamos ménos esa amabilísima presencia, que forma el embeleso de toda la tertulia.

Ros. Muchas gracias. (*Séria.*) *Entra en el salon.*

Rid. (*Levantándose.*) Reciba Vm. nuevos homenages de un corazon, que la adora rendido.

Amon y Teodorico la siguen, y Octavio se sienta á un lado de la pieza exterior.

Ros. No merezco semejantes expresiones.

Rid. ¿Como no, ? las de un Príncipe.

Fer. (*Ap.*) ¡Quantos embustes dicen los amantes para ganar terreno!

Ros. (*Á los que juegan á naypes.*) ¿Quien gana?

Rús. Acaban de darnos un capote. Desde que Claudio ha divisado á Vm., juega como un animal, ni siquiera vé el naype que tiene en la mano.

Cla. Gracias, gracias. (*Á Rosalba levantándose.*) Perdone Vm. si estando ocupado en el juego, no he cumplido ántes con mi deber.

Ros. ¡Oh! No le hace. (*Repara en Octavio y despues de baberle observado, pregunta á los demas.* ¿Quien es aquel Caballero, que ya en la mesa no ha desplegado los labios, y ahora está separado de todos pensativo? ¿Por desgracia es mudo? (*Saliendo, y tambien Amon y Tedorico para oir mejor la respuesta de Octavio.*

Oct. No señora. Gracias á Dios tengo una lengua muy buena y proporcionada, hablo como todos, y algunas veces digo mas que otros; pero tengo el vicio, ó la virtud de no hablar sino quando me preguntan, ó quando comprehendo que son bien empleadas las palabras.

Ros. (*A todos*). Por fin hemos tenido la fortuna de oir el metal de su voz, y lo que es mas, ha prorumpido con una sentencia.

Rús. Hace un frio exôrbitante. (*Á los que juegan.*)

Amo. ¿Porqué no lo decía Vm.? (*Cierra las vidrieras.*) Así no estorbarémos con nuestra conversacion.

Teo. Don Fernando. (*Sale éste y vuelve á cerrar.*) Tomemos asiento. (*Rosalba se sienta á la derecha al lado de su Padre, y siguen Octavio, Amon y Don Fernando.*) Sírvanse Vms. prestarme atencion, y si es necesario dirigirme con sus consejos, para proceder con acierto en el asunto que voy á proponer á mi querida Rosalba. ¡Oh! es de la mayor entidad.

Ros. (*Ap.*) Ya lo entiendo: casorio y mas casorio. Será dar música á sordos; pues yo me he de estar en mis trece.

Teo. Ya es tiempo que adoptes un diverso sistema en el trato de los hombres. En tu edad no te está decoroso rehusar un vínculo feliz, á que eres llamada. La vida del hombre pende de la tixera que ha de cortar el hilo que la sostiene; y si falta tu Padre ¿en quien hallarás apoyo y defensa? Mira que una jóven abandonada á sus caprichos, está continuamente amenazada de sus pasiones, y de los repetidos ataques de los corruptores, que como lobos hambrientos están velando al rededor de la presa, para que no se les escape el momento de arrebatarla, y despedazar su honestidad y reputacion. La idea de morir sin ver colocadas á mis hijas, me llena de amargura: y así cúmpleme la palabra, que me diste de declararte en favor de uno, ú otro de nuestros amigos. Animate hija mia, dexa á un lado todo reparo, y decide francamente de su destino y del tuyo.

Fer. (*Ap.*) Ved aquí un matrimonio sacado á suerte como las extracciones de la lotería, toque al que toque.

Ros. (*Ap.*) Ya es ocasion de armarse de valor, y quitarse de una vez á tantos fantasmones de de-

lante. - Siento mucho, señor Padre, verme en el lance forzoso, del qual le he suplicado varias veces me dispensára; pero toda vez que Vm. me obliga á declarar mi dictámen, quéxense nuestros amigos de sí mismos, sino resulta á medida de sus esperanzas. Sea bueno, ó malo, todos saben que tengo la prerogativa de hablar libre y sinceramente.

Fer. (*Ap.*) En su boca la sinceridad es el sinónimo de la insolencia.

Teo. Dexémonos de exôrdios: ya sabes quan apreciable (*baxando algo la voz como para que no le oygan los de adentro.*) es el Señor Claudio por su buen natural y habilidad en el Comercio.

Ros. Doblemos, doblemos la hoja.

Teo. ¿Porqué?

Ros. Muchas veces he dicho á Vm. que no quiero un marido que me rompa la cabeza con la aritmética, y que me despierte soñando, dos veces dos, quatro, quatro veces quatro, diez y seis, &c. Ha de ser uno que no tenga otros negocios, ni cuidados, que servirme y complacerme.

Teo. ¿Y bien?

Ros. Y bien, no quiero Comerciantes.

Teo. (*Ap.*) ¡Dios mio! dadme paciencia. - ¿Que dices del Señor Conde? Sería el mayor honor para nuestra familia semejante enlace. (*Rosalba no responde.*)

Amo. ¿Te gusta, sí, o no?

Oct. Hable Vm. con su acostumbrada claridad.

Ros. Siendo así, no seré culpada, si me valgo del lenguage de la verdad.

Teo. ¿Le quieres?

Ros. No Señor.

Fer. (*Ap.*) Y van dos.

Amo. ¿Y porqué no le has de querer?

Ros. ¿Porqué... ¿Porqué?... Dénle una ojeada, y lo

adivinarán. ¿No ven Vms. que está tan flaco y acabado, que temería enviudar ántes de casarme?

Amo. Tienes muchísima razon; se te dará por marido al Coloso de Rodas.

Fer. (*Ap.*) Quantos y quantas se casarían, si supieran de enviudar á los ocho dias.

Teo. ¿Tampoco te gusta el Señor Ridolfo?

Ros. Dias hace que se lo tengo dicho, que no vuelva á romperme la cabeza. ¿Un hombre tan afeminado y de tan poca estimacion, que obsequía y persigue hasta las criadas, podría lisonjearse, que yo me envileciera á escogerle por marido?

Amo. (*Ap.*) ¡Pícara insolente!

Fer. (*Ap.*) Ya van tres. Esta no sabrá que hoy dia quanto mas calaveras, mas son de moda. (*Ap. á Amon.*) ¿Que tal señor Tio?

Amo. (*Ap. á Fernando.*) ¡Y que su Padre sufra tanta insolencia! Ahora mismo me levanto, y la hago arrepentir de su temeridad.

Fer. (*Ap.*) No falta ya sino este filósofo, que está cabizbaxo: ¿Quien sabe si está prendada de él?

Teo. ¡Estoy fuera de mí, no puedo mas! ¿Ese es modo de tratar á nuestros amigos?

Ros. Ellos se tienen la culpa: jamas se han dado por entendidos, antes me han precisado á explicarme claramente; pues ahí lo tienen.

Fer. (*Ap.*) Seguramente que en punto de claridad puede poner cátedra, y desafiar al mas bien pintado.

Oct. Aunque deberia desanimarme el ver que Vm. rehusa á unos sugetos de las mas relevantes prendas; con todo, como dicen que de gustos nadie ha escrito, quiero aventurarme á manifestarla, que soy un tácito admirador de sus gracias, que la amo apasionadamente, y que me tendría por el mas afortunado de los hombres, si Vm. se dignaba acceder á mis honestas pretensiones.

Amo. (*Interpretando favorablemente el silencio de Rosalba.*) Habla, por Dios, mi amada Sobrina. No, no me engaño, tu perplexidad me predice que tu corazon se ha decidido á su favor. Ya te entiendo. La boda se efectuará con la mayor brevedad. Luego.

Ros (*Á Octavio.*) ¿Tambien Vm. aspira...? Acuérdese de que la sinceridad excluye toda suerte de atenciones. (*Pónese en pie, y exâmina su talle y fisonomía*) Á la verdad es un hombre en lo mas florido de su juventud.

Fer. (*Ap.*) Vaya, vaya, que esto empieza bien.

Teo. ¿Su figura?

Ros. Bien formada, y sin defectos.

Teo. ¿Sus modales?

Ros. Son varoniles, y nada afectados.

Fer. (*Ap.*) ¿Qué apostamos, á que no me he engañado, y que este corta la oreja al toro?

Ros. ¡Pero...!

Fer. (*Ap.*) ¡Malo! ¿ya tenemos pero?

Teo. ¿Qué, qué tenemos?

Ros. Exâminada su fisonomía...

Teo. ¿Qué observas en ella?

Ros. Tiene un gesto, unos modales, unas facciones de quadro antigüo, que inducen á melancolía; no hay duda, yo me moria en quatro dias tísica é hipocóndrica. *Vuélvese á su lugar.*

Fer. (*Ap.*) ¿Á qué han venido á parar tantos elogios?

Amo. Es loca, es loca sin remedio.

Oct. (*Que lo habrá escuchado todo sereno y placentero, se vuelve hácia Rosalba*) ¿Ha acabado Vm. Señora?

Ros. Paréceme que basta.

Oct. Permita pues que yo empieze, y la contexte en pocas palabras.

Ros. ¿Y qué pretende Vm.?

Oct. Nada mas, que convencerla de que no soy mu-

do, y que sé hablar quando me corresponde.

Fer. (*Ap.*) Este hace la gata ensogada y me temo sea mas avispado que los demas.

Ros. Adelante, adelante.

Oct. No se apresure Vm. Dispénseme el honor de que me acerque algo mas, paraque me oyga mejor. (*Siéntase á su lado.*) Dígame por favor ¿quien es Vm., Señora, que tiene la lengua tan bien cortada, y se precia de tan rara sinceridad?

Ros. ¿Por ventura estoy obligada á dar cuenta á nadie..?

Oct. Yo se la daré, Señora, pues me parece que estoy leyendo los secretos mas recónditos de su corazon. Á todos pido permiso y excusa, si respondo con sinceridad igual á la suya: Vm. me ha trillado la senda, y tendré á gran satisfaccion el seguirla é imitarla.

Fer. (*Ap.*) Vamos oyendo. Ahora le envida el resto.

Oct. ¿Con qué derechos, con qué preeminencias, se ha figurado Vm. que podía procesar impunemente á unos jóvenes de mérito, que la han hecho el honor de pretenderla por esposa?

Ros. ¿Como se entiende, honor á mí? Ellos en tal caso...

Oct. Sí, á Vm. á Vm. Un poco de flema; y se lo haré ver palpablemente. Quando me hablaron de Vm. y de las insuperables dificultades que ponía en elegir un marido, y que hasta ahora no había hallado un hombre merecedor de su mano; pensé que al verla, tendría que admirar á una heroína, no como quiera, sino muy superior á quantas han exîstido, y aun fuera de la humana esfera: pintábame la fantasía la reunion de todas las gracias, el compendio de todas las virtudes en un solo sugeto; pero...

Fer. (*Ap.*) Ahí va la pelota.

Oct. Apénas la ví, la oí, la exâminé, me quedé mas frio que un yelo, viendo que habia formado un tan

errado juício, diametralmente opuesto á lo que es Vm. en realidad: se lo confieso, quedé atónito, y no podía persuadirme que tantos amantes hubiesen querido sugetarse al quixotismo, é insultos de una muger, que de todos hace mofa, y solo hace caso de alguno, para explayar sus extravagancias y amor propio.

Ros. Es Vm. un atrevido, un temerario. ¿Ese es modo de hablar...?

Oct. Con una muger síncera. Acuérdese Vm. de que la sinceridad excluye toda suerte de atenciones: suyo es el texto.

Teo. (*Ap.*) Esto es ajarla mucho; pero es preciso.

Amo. Me alegro, me alegro. (*Ríese y manifiesta mucha complacencia.*

Oct. ¿Qué se ha figurado Vm? ¿qué papel piensa representar en el mundo? ¿qué autoridad presume suponer, para que todos tengan que adherirse á sus sistemas y sugetarse á sus caprichos? Ninguno la agrada, los mas la fastidian, y en fin en todos halla defectos; ¿y es posible sea Vm. tan ciega y alucinada que no conozca los suyos, y el demérito que la acarrean sus procedimientos? Sufra que haga mencion de ellos en abono de lo que digo, y si es posible para su enmienda.

Ros. ¡Qué insolente lenguage! No quiero envilecerme tolerándolo. Voyme. (*Pretende irse; pero Amon la detiene, obligándola á quedarse.*

Amo. Espera, Sobrina, aguarda: conviene que tragues toda la porcion de esta medicina.

Ros. ¿Y como consentirá Vm...?

Oct. No seré prolixo, al instante la libro de la molestia... Estoy muy distante de negarla, que es Vm. una muger á quien adornan no pocas qualidades personales, que á primera vista la representan amable, y capaz de hacer feliz á un hombre;

pero Vm. en lugar de segundarlas, y hacerlas mas y mas apreciables, solo ha procurado denigrarlas y abatirlas, formándose un vasto patrimonio de soberbia, que despues de hacerla ridícula, la atrae el desprecio de quantos llegan á conocerla. ¡Ah! Si esos Señores que han pretendido su mano, tuviesen el espíritu que yo para presentarla la verdad desnuda y sin aliño; seguramente la dirían, que la compadecen, y que de ningun modo podrían amarla, si tuviesen la desgracia de poseerla. Sí señora: para que las prerogativas corporales sean estimables y victoriosas, es absolutamente necesario que vayan acompañadas de las del espíritu; y así una muger imprudente, inmodesta, y soberbia no puede ser amada, ni respetada sino aparentemente, y aun esto por esa cáfila de cortejos ambulantes, que á manera de langostas talan las mas respetables propiedades. ¿Qué la inspira pues, ese ayre de desprecio y superioridad? ¿Acaso la dote? Tambien sobre este artículo tengo que hacerla algunas observaciones. Reflexîone Vm. sobre que se funda, en que bases estriva, y á que vicisitudes está expuesta; pues no hay cosa mas incierta que los capitales de un Comerciante. De nuevo pido excusa por la sinceridad con que la he correspondido, no habiendo hecho otra cosa que rastrear sus huellas, inducido por su exemplo. Á pesar de todo, puedo asegurarla, que conservo para con Vm. algunos sentimientos de afecto, y que estoy pronto á darla satisfaccion, y retractarme de quanto he dicho, al punto que me dé motivo de hacerlo. Queden Vms. con Dios. *Vase.*

Fer. (*Ap.*) El canté le falta; pues panegírico mas completo no lo he oido en mi vida.

Amo. (*Ap.*) Esta ha sido una andanada de un navío de tres puentes.

Ros. ¡Todo eso á una muger de mi clase! ¡Ay de mí...! No puedo mas... Estoy sufocada, y el corazon me falta.

Amo. Masca loca, y engulle, ya que has hallado pan para tus dientes.

Fer. (*Ap.*) Á fe mia que puede llamarse pan de perro.

Teo. (*Consternado ap. á Amon.*) Vamos. Sea como quiera, es preciso que haya padecido mucho.

Amo. Nada, nada, dexarla. Este es un mal que pronto se desvanece.

Ros. (*Levantándose furiosa.*) ¡Vil! ¡Atrevido! ¡Plebeyo! Aguarda, y te haré ver que dexaré de ser quien soy, sino me vengo de tí, y de quantos se gozan de verme insultada. *Vase.*

Amo. Me temo que no, me temo que no. *Vase.*

Salen todos los del Salon.

Rús. ¿Qué significan esos gritos?

Eug. ¿Acaso ha acometido algun accidente á mi Señora?

Teo. (*A todos.*) Síganla Vms. por piedad, y procuren sosegarla. (*Vanse.*) ¡Quan obstinada está! No queda ya otra prueba, que la que me ha propuesto mi hermano; voyme á conferenciar con él, para ponerla en planta: su amor propio tendrá que sufrir mucho; pero como ha de ser, ella se tiene la culpa; á mas de que todas nuestras tentativas no tiran á otro blanco, que al de su bien estar y felicidad.

ACTO III.

Gabinete de Rosalba como en el Acto primero.

ESCENA I.

Rosalba como que acaba de levantarse, manifestando gran despecho é inquietud: despues Morisqueta.

Ros. ¡Qué noche! ¡Qué noche ha sido esta! ¡Qué inquietud! ¡Qué afan! ¡Qué congoja! En mi vida ha-

bía pasado otra peor. El que me la ha ocasionado no tardará mucho en arrepentirse y experimentar mi venganza. ¿Hola?... ¿Quien está ahí?... ¡Á una noble, á una muger de mi esfera! ¡Insolente! ¡maltratarla, hacerla tan manifiesta injuria! ¿Y piensas que yo la sufriré? no vil; compraré la venganza á qualquier precio: me vengaré, sí, me vengaré... Ni un criado comparece: ¿Hola? ¿Que aun dormís? ¿Estais sordos?

Mor. (*Séria*) ¿Qué manda Vm.?... Madama Rúspoli, y Don Fernando esperan...

Ros. ¡Bestia! ¿y que aguardabas? diles que pasen adelante.

Mor. Sepa Vm. que mi noble servitud no está acostumbrada á tan baxos epitetos.

Ros. ¡Hola!... ¡Hola!... Parece que te han empalado. ¿Qué significa tanta seriedad y circunspeccion?

Mor. Algo que basta. Voy á dar el aviso. *Vase.*

Ros. Tienes fortuna que te necesito; sino ántes de un minuto te plantaba en la calle. Viva la verdadera amistad, que viene á tomar parte en mis resoluciones: una muger ofendida debe ser causa comun para todas las demas.

ESCENA II.

Rosalba, Madama Rúspoli, Don Fernando, Morisqueta.

Ros. ¡Ay amiga! no he podido cerrar los párpados en toda la noche: ¡Qué calor! ¡qué desasosiego! ¡pareciame que se me abrazaban las entrañas!

Rús. Me lo figuro.

Ros. ¿Qué dice Vm. de lo acaecido anoche? ¿Puede hallarse hombre mas incivil y atrevido, y sobre todo una junta mas sufrida é indolente? ¡Permitirle se propasára en tales términos, y no manifestar el menor resentimiento, dexando impune su audacia!

Rús. Amiga, ya se sabe, los hombres son todos de

una estampa, y en tratándose de humillarnos, siempre están acordes.

Fer. Hablando en confianza... Tambien Vm. se ha portado de un modo...

Rús. ¿Qué sabes tú?

Ros. Á una muger todo la es permitido; y un hombre político, y bien nacido, no debe ofenderse de sus chanzas.

Fer. ¡Chanzas!

Rús. Sí, sí, Señor Juez. ¿Hasta en los términos hallas dificultades...? No haga Vm. caso Rosalba: yo bien quería venir sola, pero mi zeloso Cupidillo quiere incomodarme haciéndome la guardia.

Ros. Con esto manifiesta su amor, y reconoce el mérito de Vm.

Rús. En este particular poco favor me hace; demasiado sabe él que mi mérito es muy superior al suyo, y que no era digno de poseerme.

Fer. (*Ap.*) Estas son las caricias de mi preciosa compañera. Á fe no hablo ni una palabra mas. ¡Cáscaras! Están hechas unas víboras, y no quisiera que á arañazos me sacaran los ojos.

Ros. Aunque supiera empeñar todas mis joyas, y quanto tengo, he resuelto vengarme.

Rús. Bien hecho. ¿Qué plan se ha formado Vm.?

Ros. El mas executivo y digno de una muger de mi grado. Morisqueta, llama á mis criados.

Mor. No me oirán, Señora.

Ros. ¿Como?

Mor. Ni uno siquiera ha quedado en casa.

Ros. ¡Pícaros! Haré la mas rigurosa reforma, embiándolos á todos noramala.

Mor. Ya no tendrá Vm. que tomarse esa molestia, pues ellos se han despachado de su motu propio.

Ros. ¿Qué diantre estás hablando?

Mor. Vaya, Señora, que con esto se echa de ver

que esta noche ha dormido Vm. como una piedra, y que la vigilia é inquietud, que dice la ha molestado, solo ha sido en sueño ó pesadilla: ya se vé, si efectivamente Vm. hubiese estado despierta, habría oido la marimorena que ha habido en esta casa.

Ros. ¿Qué ha sucedido?

Mor. ¿Qué ha sucedido? No es nada lo del ojo; una friolerita.

Ros. Vamos muchacha tú estás soñando, ó te ha acometido alguna fuerte calentura acompañada de delirio... ¿Hola? Venid acá.

Mor. ¿Quantas veces quiere Vm. que se lo repita? en la antesala no hay una alma.

Ros. ¿Te has metido en la cabeza, levantarme de cascos, y hacerme desesperar?

Mor. No tal: y hablando á Vm. en su estilo, la aseguro, que en esta casa estoy con miedo de que me tengan por sospechosa, y me embuchen en la cárcel.

Ros. ¿Sabes lo que te dices? ¡En la cárcel!

Mor. Y mucho. (*Ap.*) ¡Que bien la he urdido la trama!

Ros. No, no hay que dudarlo. ¡Esta muchacha está loca!

Mor. (*Ap.*) Si Eugenia no lo echa á perder, pronto se enredará en la trampa.

ESCENA III.

Rosalba, *Madama Rúspoli*, *Don Fernando*, *Morisqueta*, *Eugenia enxugándose los ojos.*

Ros. ¡Qué te aflige, Eugenia? ¿Acaso el tener que dexarme? Consuélate; ya te he dicho, que siempre para contigo seré la misma.

Eug. Pluguiese al cielo, querida ama mia, que yo hubiese salido de aquí, ántes de ser testigo ocular de tal desgracia!

Ros. Esta es buena. ¡Que desgracia, ni que calabaza! ¿Acaso de mancomun con esta pícara...? pero yo me tengo la culpa de que os propaseis á chancearos

conmigo: yo haré que conozcais la distancia que media entre la noble y la plebeya. ¡Háse visto atrevimiento...!

Eug. Señora, modérese Vm. y sepa que estamos muy léjos de ser atrevidas, ni insolentes.

Mor. ¡Ah! ¡otro que chanzas tenemos! Yo me determino á decírselo. Si pudiéramos ahorrarla el disgusto, retardando la noticia que se lo ha de ocasionar á Vm., yo se la ocultára con el mayor empeño; pero así como así ha de saberse, y no puede tardar.

Ros. ¡Ya empiezas á sobresaltarme! ¿Qué ha sucedido? Explícate.

Mor. El lance mas terrible, é inesperado. Á la verdad yo habia consentido en que su Padre de Vm. expiraba esta noche á la vista de tantos ministros, que á manera de duendes, ó de zapos en lluvia de verano, parecía salían por escotillones. Apénas pudimos ponerle en salvo, á pesar de la confusion que reynaba á causa del saqueo.

Ros. ¡Oh Dios mio! ¡Saquearle! ¿Como? ¿Y con qué motivo?

Mor. ¡Quien lo creyera! Ha hecho bancarrota; y sus acreedores se le han echado encima como lobos hambrientos. Unos formaban el inventario, otros echaban los sellos, y otros se llevaban lo que podian: en fin se han apoderado de todo, á excepcion del aposento de Vm., y de su Señora hermana (*Ap.*) Buena va la entruchada.

Ros. ¿Y mi Padre?

Mor. No sabemos de él, ni de su paradero.

Rús. (*Ap.*) Ya está desarrollada la pieza. Paréceme que esta píldora debe curarla los deseos de parecer una Semíramis.

Fer. (*Ap.*) Otra te pego; y á fe que este trago es mas agrio de sorber que los insultos de un pretendiente.

Ros. ¡Desgraciada de mí! ¿Qué partido escogeré?

Fer. Ahora un marido qualquiera sería un buen bálsamo para esa llaga.

Rús. Calla maldito.

Ros. (*A Madama Rúspoli.*) ¡ Ay amiga! el valor me abandona, no puedo mas. Esta desventura me acarreará la muerte.

Rús. Es preciso hacerse el cargo, y consolarse. (*Ap. á Don Fernando.*) ¿ Qué hacemos?

Fer. (*Ap.*) Manda mi Reyna.

Rús. (*Ap.*) ¿ Qué te parece? ¿ No será mejor nos marchemos?

Fer. (*Ap.*) Seguramente.

Rús. Señora Rosalba, con permiso.

Ros. ¡ Qué! ¿ Se van Vms.?

Rús. Es ya muy tarde, y tengo que ir indispensablemente á tomar el chocolate en casa de otra amiga.

Ros. ¿ Tendrán Vms. valor para dexarme en tan terrible situacion?

Rús. Esta desgracia nos penetra hasta lo mas íntimo del corazon; pero para estos lances soy tan débil y me apesadumbro de tal modo, que en lugar de servir á Vm. de consuelo, acrecentaría su pena.

Fer. ¡ Oh ciertamente! mi muger y yo tenemos un corazon muy tierno para con los infelices. Consuélese Vm. Señorita.

Rús. Procure Vm. animarse. Hasta la vista. *Vanse.*

Mor. Consuélese Vm. Señorita. Procure Vm. animarse. ¡ Oh que bellos, que grandes amigos! Ciertamente que acaban de dar señales nada equívocas de su síncera amistad. Así que han oido tal desventura se han escurrido, sin hacer el menor ofrecimiento; ¿ pero como habian de hacerlo, si ni siquiera se han dignado consolar á Vm.?

ESCENA IV.

Rosalba, Eugenia, Morisqueta, Claudio.

Ros. ¿Es Verdad quanto acaban de decirme, querido Claudio? ¿Qué nuevas....?

Cla. Aquí tiene Vm. una carta, y esta bolsa de parte de su Señor Padre. (*Ap.*) Parece que la trampa la ha humanado un poquito.

Ros. (*Lee.*) "Hija mia: Te escribo desde un lugar, » en el qual mi persona está enteramente segura; » sírvate esto de consuelo. Provee á tus necesida- » des con esta suma, la única que he podido salvar » de mi naufragio. Ahora es preciso que te procu- » res con prudencia el apoyo de un hombre honra- » do, que se contente con tu pobreza; ó bien em- » plea este dinero en proporcionarte un retiro que » te ponga á cubierto de las tropelías de la fortuna. » Haz lo posible para asegurar tu suerte, y no te » des pena por la mia; yo estoy hechó á los con- » tratiempos, y me hallo con espíritu para sufrir- » los, y aun para esperar repararlos con el tiempo. » Saluda á tu hermana, y ambas amadme con la » mitad del afecto con que os acompañará hasta..." ¡No puedo, no puedo mas! ¡Todo lo he perdido Mas valía morir, que tener que someterse á tan terrible infortunio. ¿Pero como es posible que mi Padre con tantos fondos, con tanto crédito, no haya podido evadir un golpe tan humillante y decisivo?

Cla. ¡Ah Señora! El Comercio es un océano, el qual con una tormenta de pocas horas, arrebata los lucros de muchos años. Las desgracias se encadenan y agrupan de manera, que no es posible contrarestarlas.

Ros. ¿Y mi Tio?

Cla. Se mantiene inflexìble para con Vm., y solo se ocupa en fixar la suerte de su Señora hermana. Per-

mita Vm. que acuda á mis obligaciones: mi presencia es necesaria en muchas partes. *Vase.*

Ros. ¡Justo Dios! ¡Qué horrible contratiempo! Por mi pobre Padre lo siento mas que por mí, pues yo tengo el remedio á la mano.

Mor. ¡Como! Dígame Vm. por favor, ¿quales recursos la quedan?

Ros. Bastará que haga como que se me escapa alguna palabra, que indique mi afecto hácia alguno de mis pretendientes indeterminadamente; para que todos corran, y se disputen á porfia la gloria de poseerme, é indemnizarme de esta desgracia.

Mor. Si es así, aconsejo á Vm. de todo corazon, que no difiera el pronunciar tan poderosa palabra, castigando con ella las injusticias de la fortuna enemiga.

Ros. Lo haré, lo haré, pero con dignidad, y finura; para no envilecerme, con prestarme fácilmente á los deseos de un amante. (*Siéntase en el bufete, escribe presurosa, rompiendo algunos de los billetes que ha empezado:*) Muy Señor mio, de mi mayor afecto... (*Lo rompe.*) Esto es demasiado. (*Empieza otro.*) Mi dueño, y Señor. (*Lo mismo*) Tampoco, ¡que ufano quedaría del "Dueño"! (*Sigue escribiendo.*)

Mor. (*Ap. á Eugenia.*) ¿Que apostamos que sin pensarlo, la ambicion la hace abatir hasta el exceso de ofrecer su mano á los que tantas veces ha burlado?

Eug. (*Ap. á Morisqueta.*) Quando de esta resolucion la resultára un bien...

Mor. (*Ap.*) Sí, sí: allá lo verémos; yo soy de contraria opinion.

Eug. (*Ap.*) La compadezco. No sé como lo han pensado, ¡darla este sentimiento! Vamos que la ficcion es demasiado...

Mor. (*Ap.*) ¿Qué, qué? ay, ay... casi os aseguraría que no harémos nada. ¿No habeis reparado, como

en medio de la desgracia, no se ha olvidado de la soberbia, que es un fideicomiso para ella, que nadie le quitará de encima?

Ros. Muy bien. (*Doblando tres billetes.*) Llamad á un criado.

Mor. ¿Quiere Vm. que se lo hagamos estampar? ¿Aun no lo ha entendido Vm.? Todos se han marchado.

Ros. Á lo ménos vosotras ayudadme y no me abandoneis. El corto término de un dia es bastante, y quizás sobrado, para burlarme de la fortuna, que ha pretendido desbancarme.

Eug. Mande Vm.

Mor. Estoy impaciente para saber...

Ros. Pues bien, Morisqueta, este billete es para el Conde Florindo, conviene que lo pongas en sus manos quanto ántes.

Eug. Ya no sirve ese recado.

Ros. ¿Porqué? ¿Sabes algo...?

Eug. Vm. misma podrá desempeñarlo, pues ya está en la antesala.

Ros. No te detengas, dile que pase adelante. (*Vase Eugenia.*) No quiero que advierta mi turbacion, ni el miserable estado á que me ha reducido la suerte.

ESCENA V.

Rosalba, Morisqueta, Eugenia, el Conde.

Con. Á los pies de Vm. mi Señora Doña Rosalba.

Ros. ¿Qué viento favorable le ha conducido á Vm. tan de mañana?

Con. Á decir la verdad, no quiero hacer mérito de aquello en que no lo hay: no es Vm. el objeto de mi venida.

Ros. ¿Pues quien...?

Con. Su Señora hermana.

Ros. Si no es otra cosa, ¿Morisqueta? sirve á este Caballero, llama á Lucinda.

Mor. Allá voy. (*Ap.*) ¡Si por desgracia llega á apear que todo es farsa!

Ros. Si el motivo que conduce á Vm. es algun arcano, no aspiro al honor de penetrarlo. Me iré.

Con. No lo permitiré, ni es menester, pues es asunto que puede tratarse en presencia de todo el mundo.

ESCENA VI.

Rosalba, Eugenia, el Conde, Lucinda, Morisqueta.

Luc. ¿Qué se le ofrece á Vm. Señor Conde? ¿én que puedo servirle?

Con. Señora, vengo á tomar parte en sus desazones, y á repararlas con mis bienes y persona. Es preciso que Vm. haya advertido que no me era indiferente; por tanto viéndome en absoluta libertad, vengo á asegurarla de que la amo con las mas puras intenciones.

Ros. ¿Como, como? ¡Esta sí que es nueva! ¿Vm. ama á Lucinda?

Con. De todo corazon.

Ros. ¿Y no á mí?

Con. Y no á Vm.

Ros. ¿Pues porqué ha venido Vm. á fastidiarme tanto tiempo?

Con. Y añada Vm. por mi parte á ser fastidiado. El porque se lo diré en dos palabras. Al principio había formado de Vm. una idea muy diferente, de lo que en lo succesivo la he reconocido; porque se me había escapado una palabra con su Señor Padre, que me ha tenido atado, hasta que Vm. me ha hecho la gracia de dispensarme de ella; y finalmente porque he divisado la mucha distancia que media entre la sabiduría y la modestia, y la extravagancia y el fanatismo.

Ros. (*Ap.*) ¡Infame! ¡Traydor! - Viva la prudencia del Señor Conde.

Mor. (*Ap.*) ¡Qué ojos de tigre ha puesto! Este sí que es gusto.

Luc. Señor, confieso que le amo, y que desearía patentizarle mi reconocimiento, y corresponder á sus buenos deseos; pero en la actualidad, ¿como puedo acceder con decoro...?

Con. Cabalmente ayer noche poco despues de la tertulia, convenimos con su Señor Tio en los contratos con que debía estipularse nuestro enlace; y habiéndolos participado esta mañana al Señor Teodorico, hemos obtenido su pleno consentimiento. Por si la queda á Vm. alguna duda, aquí estan (*La presenta los contratos y una esquelita*) acompañados de un aviso del Señor Amon.

Luc. (*Lee*).

Ros. (*Ap.*) ¡Temerario! ¡Noble mas vil que todos los Plebeyos! ¡Que tenga yo que presenciar tales infamias!

Luc. Mi Tio en ausencia de mi Padre tiene absoluto dominio sobre mí, y así me conformo á sus disposiciones. Eugenia, hacedme el favor de acompañarme á casa de mi Tio.

Eug. Con mucho gusto. *Vase.*

Luc. Á Dios hermana. Conde hasta luego. *Vase.*

Con. ¡Quan feliz soy! (*Ap.*) La loca ya no se atreve á levantar el pico -- Mande Vm. á su mas rendido esclavo. *Vase.*

Ros. ¡Puede verse desvergüenza por el estilo! ¡Despreciarme tan descaradamente! ¡Mi hermana casarse ántes que yo! ¡Oh rabia! (*Rasga una de las cartas, y será la de Florante en lugar de la del Conde.*

Mor. Señora, los hombres se cansan, y quando pensamos tenerlos mansos, y cariñosos como perros falderos; se transforman en leones, y se vengan de nuestras travesuras.

Ros. Ahora sí que mi desdicha va tomando un aspecto mas feroz... ¡Mi hermana...! ¡Pérfida hermana! Tu escondías debaxo el velo de la sencillez, de la bondad, tantas asechanzas para perderme. ¡Ah vil hipócrita!

Mor. Ántes bien debería Vm. consolarse, viendo asegurada su suerte.

Ros. Yo soy la mayor, soy la mayor; yo debo casarme la primera: ¡esa es una injusticia!

Mor. ¿Y porqué no lo hacía Vm.?

Ros. ¡Atrevida! ¿Porqué me ves afligida te abrogas el derecho de reconvenirme? No lo he hecho, porque no he querido... pero lo haré á despecho de muchos... ¡Qué desasosiego! ¡Estoy sufocada!

Mor. (*Ap.*) Es tanta su cólera, que está sacando chispas por todos los poros de su cuerpo.

ESCENA VII.

Rosalba, Morisqueta, Eugenia.

Ros. ¿Eugenia, sabes donde habita Florante?

Eug. En esta misma calle, no muy léjos.

Ros. Anda, corre: entrégale... (*Mirando los billetes.*) No faltaba otra cosa, he roto el suyo en lugar del de aquel insolente... (*Rompe el otro.*) Espera.) *Se sienta para escribir, y viendo no se lo permite el pulso alterado por la rabia, derriba la mesa* ¡Todo se conjura contra mí! Anda, apresúrate, corre, corre.

Eug. ¡Pero sino sé lo que he de decir!

Ros. Díselo de palabra; que le estoy esperando, que conviene mucho (*Yéndose Eugenia.*) que conviene mucho, mucho. (*Á Morisqueta.*) Tú infórmate de la habitacion de Ridolfo, y entrégale sin demora esta esquelita. De este modo si el uno se hace el memo, me aseguro con el otro.

Mor. Bien discurrido.

Ros. Dexo á tu sagacidad el asediar á mi Tio, y ga-

narle para mí; pues aunque no le pueda sufrir por sus costumbres soeces y modales plebeyos; con todo es prudencia el reconquistarlo y hacérmelo propicio.

Mor. ¡Sublime política! ahora me acuerdo. ¿No hay esquelita para el Señor Octavio? no habría sido malo...

Ros. Calla, no me lo nombres, sino quieres...

Mor. Señora, no se enfurezca Vm. Si lo hubiese sabido... ¿Quiere Vm. otra cosa?

Ros. Nada mas que eso.

Mor. Quedará Vm. servida á satisfaccion. (*Ap.*) Por ahora todo va pasmosamente. *Vase.*

Ros. Hágase todo esfuerzo, no se omita diligencia ni prueba. ¡Mas ay si llego á vengarme de la suerte, como he de hacer temblar á mis enemigos! En Florante tengo cifradas mis esperanzas: le parecerá tocar con el dedo en el cielo, así que oyga mis expresiones, y que él es el elegido.. me ama al exceso.. es rico, y podré disponer de él, y mandarle á mi antojo. ¡Ah! aquí está... (*Encaminándose á la puerta.*) Nadie parece... habría jurado que había oido pisar en la antesala... me he engañado. La impaciencia convierte en siglos los momentos... Quiero ver, si alcanzo distraermé un tanto. (*Se sienta, toma un libro, y luego lo tira.*) ¿Qué hago de leer, si no sé lo que me leo? No puedo sosegar, por mas que lo procuro. Me parezco á una máquina, que no puede hacer sino una sola operacion. (*Vuelve á la puert a.*) ¡Aun no viene! ¡Quan enfadoso es el tiempo, que se consume esperando! ¡Quanto se tarda en pasar un instante, quando se desea aprovechar del siguiente! Ahora sí que alguien viene. (*Yendo bácia la puerta.*)

ESCENA VIII.

Rosalba, Eugenia, despues Florante.

Ros. (*Ansiosa.*) ¿Qué tenemos, querida Eugenia?

Eug. El amigo está esperando: por fortuna le encontré que iba á salir.

Ros. Díme ántes que me encare con él ¿que acogida te ha hecho?

Eug. La mejor. Reparé que á medida que le iba informando, se iba poniendo hueco; y despues con una afable sonrisa, me dixo, vamos á ver lo que manda tu magnífica ama y Señora.

Ros. No hagamos que se desazone esperando. Excúsate con él: anda... (*Vase Eugenia, y vuelve luego con Florante.*) Este es golpe seguro; pero es indispensable me regule de modo, que á él le parezca una gracia, lo que en mí es pura necesidad.

Flo. (*Irónicamente durante la escena.*) Gracias al anillo de Saturno, que esta vez he podido personarme con Vm. ritualmente, y sin rastro de incivilidad.

Ros. De hoy en adelante le revalido todos los privilegios antiguos; le acuerdo los restantes que constituyen la amistad en grado superior, y en resúmen todo le será permitido. Sin cumplimientos. ¿Está Vm. cansado? y bien échese Vm. en el canapé.

Flo. Gracias: infinitas gracias. (*Pone la silla distante de la de Rosalba, y permanece en pie. Ap.*) ¡Transformacion asombrosa! Ocasion semejante atiza las ascuas de la venganza en la fragua de mi pecho.

Ros. Vamos. Siéntese Vm. sin ceremonias.

Flo. De ningun modo primero que una Dama. Desde que refiné mis modales en la ilustrante leyenda del Galateo, me he guardado bien de tropezar en tamañas caribdes de la civilidad.

Ros. ¿Á que viene hacer revivir melancólicos recuerdos? Haga Vm. lo que le digo. (*Siéntase: y Florante se sienta léjos de Rosalba.*

Ros. ¿Allí se coloca Vm? ¿Teme Vm. que el roze de mi vestido inficione el suyo?

Flo. Me pongo en la paralaxe que me prescribe el Galateo.

Ros. Vaya, venga Vm. acá, ¿quiere hacerse de rogar?

Flo. (*Se acerca.*) ¿En que puedo congratularla?

Ros. Tengo que dar á Vm. una excelente noticia.

Flo. Ya soy todo orejas.

Ros. Sepa Vm. que el que sabe resistir, no está léjos de vencer. Tanta sumision y acendrado afecto me han obligado de tal modo, que he resuelto coronarlo, haciéndolo triunfar de él de sus rivales.

Flo. Vm. intenta chulearse conmigo, ò que la vanidad me saque de madre. Estoy altamente convicto de mi carencia de mérito para semejante lauro; y lo que es mas, no sé que haya ente que me rivalize.

Ros. La modestia le induce á encubrir sus méritos y virtudes, y los heroycos esfuerzos de su corazon; pero yo que sé adivinarlos, quiero darlos el premio.

Flo. (*Con la distraccion que manifiesta el que no quiere darse por entendido.*) ¿Desde las sombras pasadas como se halla Vm.?

Ros. Mas satisfecha y tranquila que nunca, porque he sabido hacer eleccion de un jóven de todas prendas.

Flo. (*Distraido como que no ha hecho atencion en lo dicho.*) ¡Que audacia! Yo no lo habría tolerado.

Ros. ¿Qué? ¿De qué habla Vm?

Flo. De lo acaecido en la postrera Luna.

Ros. Déxese Vm. de eso... pese á tal... parece Vm. un asombrado. Respóndame al caso. Segun decía...

Flo. ¡Y como los hombres son groseros! ¿Como es posible que los demas permitiesen que insultase á Vm. en tan superlativo grado?

Ros. ¿Pero qué? ¿Se ha vuelto Vm. loco? Quando le hablo de amor, me acuerda los insultos y groserías de un mal nacido. Si he elegido á Vm., es porque estoy cierta, que si sé hubiese hallado presente, no habria dexado sin castigo su temeridad.

Flo. ¿Sabe Vm. la horrízona catástrofe acaecida en esta aurora? Á aquella Deidad, á Madama del Paquete unos inciviles pérfidos pisaverdes la han soplado una tunda...

Ros. ¡Pérfido! Ahora despierto de mi letargo. Le comprehendo. ¿Ha venido Vm. acaso á vengarse? ¿á insultarme de nuevo?

Flo. Pongo por testigo á la charlatana mula (*), que muy al contrario he venido á tomar mi parte sentimental en sus desazones.

Ros. Yo no hablo de tal cosa.

Flo. ¿Qué mas puedo hacer por Vm.?

Ros. (*Con gracia y mimo.*) ¡Ingrato! Olvide Vm. lo pasado, y cercióreme de su amor. ¡Cruel! Si me ama ¿como tiene valor para martirizarme con esa aparente distraccion?

Flo. ¡Amor yo! ¿La ha venido esta noticia por algun telégrafo? ¿Quien se lo ha dicho á Vm?

Ros. Vm. mismo, querido mio, sus suspiros, sus zelos, esa mal sostenida ficcion.

Flo. Se engaña Vm. enormísimamente.

Ros. No, no me engaño.

Flo. Juro por los pavos de Juno, que jamas mi corazon ha padecido amorosos incendios.

Ros. (*Enfadada.*) ¿Pues á qué venía Vm?

Flo. Á distraerme de mis tareas, y eloqüentísimas disertaciones, á reir, á divertirme.

Ros. ¿Á reir, á divertirse? ¿Esto es decir que Vm. no me ama?

(*) Hace alusion á la mula de Balaan.
Esta frase, como otras muchas de este interlocutor, es baxa y material; defecto en que caen amenudo aquellos pedantes, que en conversaciones triviales y familiares quieren usar de términos campanudos, y hablar metafóricamente.

Flo. Si tanta apetencia tiene Vm. de apearlo, expóngola, que en la serie de mis tiempos ninguna Venus ha podido taladrar mi pericardio.

Ros. ¿Como es posible?

Flo. El bello sexô es vario, revuelto, y tempestuoso: y aunque varias veces he deseado que alguna deidad multiplicára las sístoles y diástoles de mi corazon, jamas lo he podido conseguir.

Ros. ¡Ingrato! ¡Falso! ¡Perjuro!

Flo. Si la encandila la ira, tocaré la retirada.

Ros. ¡Huye de mi vista hombre indigno! ¡monstruo! ¡enemigo de los procedimientos nobles y civiles!

Flo. Á sus plantas, gran Señora. *Vase.*

Ros. Anda vil, te aborrezco de muerte. (*Echándose en el canapé.*) ¿Has oido Eugenia? ¿Has oido como se ha producido el infame? ¡Quan malvados son los hombres! ¡Venganza!

Eug. Á la verdad, Señora, no me queda accion para respirar.

Ros. (*Levántase y anda como furiosa*) ¡Venganza, venganza! Solo me anima el rencor, y no respiro mas que venganza.

ACTO IV.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA I.

Roque, luego Eugenia.

Roq. ¡Ni un perro se encuentra en esta casa! Siento un no sé que al volver á pisar sus umbrales, que me hace temer el encuentro de aquella tan relamida y circunspecta Señora, que no admite en su servicio, sino á los criados adiestrados en él de la nobleza. Quando no vengo á pedir nada, sí solo á cumplir con las órdenes de mi amo ¿porqué he de temer? pero co-

mo es tambien negociante, quien sabe, si hasta los recados de esta clase de gente están proscritos y censurados de delito en esta casa. Si halláre algun criado, como no tengo que esperar la respuesta, se la encaxaba, (*Sacando una carta*) y me escurría... mas sino me engaño, aquella que se acerca es la misma que me propuso... voy á endosarla mi comision, y me safo del lance.

Eug. ¡Oh buen hombre! ¿Acaso volveis á solicitar...?

Roq. Ni por pienso: no es tan poca mi memoria, que no me acuerde de la primera advertencia, á mas de que ya he hallado mejor acomodo: sirvo á un buen Señor, de parte del qual traygo una carta para vuestra respetable Soberana; hacedme el favor de ponerla en sus nobles manos en nombre del Señor Octavio Onesti, y mandad á vuestro servidor. *Partiendo.*

Eug. ¿Y la respuesta?

Roq. No tengo tal encargo.

Eug. Esperad, que ahora mismo sale mi Señora.

Roq. Por lo mismo que sale me apresuro á partir. *Vas.*

Eug. Si Rosalba fuera capaz de dexarse persuadir, si escuchára la razon, este á mi parecer sería el único que...

ESCENA II.

Rosalba, Eugenia.

Ros. ¿Sola estabas, Eugenia?... se me había figurado... ó me engañó la inquietud y el deseo, ò tú hablabas con alguien.

Eug. Ha venido el criado de...

Ros. ¿Y no Morisqueta?... ¡Su tardanza me llena de zozobra!

Eug. Vendrá, Señora. Entretanto... (*Dándole la carta, en la que no repara Rosalba.*

Ros. (*Agitada.*) Entretanto no puedo sosegar, me abraza, me consume un fuego... ¡Triste de mí si no puedo vengarme del vil Florante! Mas Ridolfo

vendrá, se prestará á mis intentos, y no me dexará desayrada. Verás, que precio dará él á esta mano, que tú ¡ pérfido! te atreviste á desechar.

Eug. Sosiéguese Vm. Señora, y entérese del contenido de esta carta.

Ros. ¡ Es para mí !

Eug. Sin duda.

Ros. ¿ Quien la ha traido? *Tomándola.*

Eug. Un criado del Señor Onesti.

Ros. Él ha osado... (*Tirándola con desprecio.*) No quiero leerla. ¿ Qué puede esperar? ¿ Qué puede pretender de mí aquel insultador, aquel infame? Es preciso discurrir un medio, para que la carta vuelva á sus manos, y vea que ni siquiera me he dignado romper la nema. Alguien se acerca. Sin duda, Morisqueta. Ven amado Ridolfo, ven, que tuya será la palma.

ESCENA III.

Rosalba, Eugenia, Morisqueta.

Ros. Y bien; querida mia ¿ qué novedades me cuentas?

Mor. (*Dá un profundo suspiro.*) ¡ Ah!

Ros. Habla, despacha.

Mor. Estoy medio sufocada.

Ros. Pero dime ¿ has hallado á Ridolfo?

Mor. (*Apesadumbrada.*) Sí Señora.

Ros. ¿ Te habló? ¿ te respondió?

Mor. Sí Señora.

Ros. ¿ Y qué tenemos? acaba.

Mor. ¿ Qué tenemos? Leyóla, sonrióse, volvióla á repasar, y despues de haber hecho un poco de atencion acerca su contenido, respondióme. Estoy enterado de su infortunio, Claudio acaba de noticiármelo; pero sospecho que á esa Señora la habrá quedado todavía la soberbia y quixotismo... No Señor, le respondí al instante. Pero.,, ¿ y la dote

la ha conservado?... ¡Oh Señor! algo dificil es. Siendo así, añadió, lo siento: á la verdad es bella; pero no tanto, que sepa resolverme á casarme con ella sin dote. Dígala Vm. de mi parte que la compadezco infinito; y saludándome, y sonriéndose, me volvió las espaldas.

Ros. ¡Ah hombres malvados! Ese tambien se ha quitado el disfraz, y no recibo que injuria, sobre injuria. ¡Que mudanza espantosa! Hace poco rodeada, suspirada y adulada de tantos, y ahora...

Mor. Ahora volvióse el dado: desapareciéron los bienes, y con ellos los amigos.

Ros. Demasiado tarde observo que los hombres solo aman por interés.

Mor. ¿Acaso lo dudaba Vm?

Ros. ¡Sin hacer mérito de las qualidades personales!

Mor. Por lo regular estas qualidades son estériles, si van acompañadas de la pobreza: y así dice un proverbio antiguo, que la hermosura confundida en la miseria halla facilmente quien la engañe; pero no quien la estime. Es preciso resignarse á las vicisitudes de la suerte.

Ros. ¡Ya conozco quan pernicioso me ha sido el abusar de élla, y de los consejos de mi Padre! Sugeridme por piedad algun efugio.

Eug. ¿Qué quiere Vm. que la propongamos?

Ros. ¡Ah si mi Tio no fuese tan cruel!

Mor. (*Ap.*) ¡Ahora se acuerda del Tio! ¡oh como la necesidad refresca la memoria y abate el orgullo!– De todo está prevenido, y no tardará en llegar.

Ros. ¿Por fortuna es él? (*Como que ha oido ruido en la antesala.*)

Eug. El mismo. Señora, aproveche Vm. de la visita.

ESCENA IV.

Rosalba, *Morisqueta*, *Eugenia*, *Amon.*

Ros. Asísteme fortuna.

Amo. (*Irónicamente*) Tengo presentido que mi Sobrina, se ha dignado desear mi presencia; por lo que me he apresurado á ponerme á sus órdenes

Ros. Suplíco á Vm., Tio mio, que no me sonroje á las primeras expresiones, ni me añude la palabra en la boca. Ya vé Vm. que estoy bastantemente castigada y afligida.

Amo. Á una muger noble y hermosa, no la faltan medios para desvanecer sus aflicciones. (*Ap.*) ¡Qué buena alhaja es Morisqueta!

Ros. Hágame Vm. el favor de sentarse.

Amo. ¡Mucho me honra mi Sobrina! (*Ap.*) Como que la he de duplicar la dote. (*Siéntase.*)

Ros. ¿Y tendrá mi buen Tio la bondad de escuchar á una loca, que ha merecido tan justamente su ojeriza?

Amo. Explícate. Á nadie aborrezco.

Ros. Esto me basta: ya que no he sabido grangearme su afecto; á lo ménos que no tenga que experimentar las funestas conseqüencias del odio.

Amo. ¡Qué prodigio! Mi Sobrina se produce como una doctora. ¿Estás acaso en la agonía? Te pareces á los cisnes, que quando estan para expirar cantan con mas dulzura.

Ros. Si aun me ama Vm., no dé pábulo á mi desesperacion; ántes señáleme algun camino que abrevie, y haga ménos dura mi suerte. ¡Todos me desamparan! ¿Tendrá Vm. tambien valor para abandonarme?

Amo. Vaya. (*Ap.*) Si yo pudiese prometerme... (*La mira por la primera vez.*) ¿En resúmen, dí, que se te ofrece? Despacha.

Ros. Asegurar á Vm. de mi sumision y arrepentimiento,

Amo. (*Vuelve á mirarla algo conmovido, y lo repite habiéndose puesto los anteojos.*) Adelante, adelante.

Ros. ¡Quanto me pesa! no haber hecho de Vm. el aprecio que se merecía, y yo debía; pero sírvanme de disculpa mis pocos años y luces para adquirir aquella experiencia...

Amo. ¿Que á los locos convierte en sabios?

Ros. Lo confieso, aunque tarde. Convencida ya de la falsedad de mis máxîmas, aterrada por la desgracia, burlada, insultada, y abandonada de todos; no me queda otro recurso que el grangearme, mediante un sincero arrepentimiento, la proteccion y afecto de un tio tan bueno, ó dexarme despedazar de la mas violenta desesperacion. (*Amon se enternece y disimuladamente se enxuga las lágrimas.*) ¡Ah mi querido Tio! Sí, sí, lo veo... Vm. se enternece, le conmueve mi deplorable estado... á pesar de mis muchos deméritos su connatural bondad le vence, y manifiesta que ese corazon está dispuesto á perdonarme. ¿Y podré lisongearme...?

Amo. (*Enternecido.*) Calla, muchacha, calla. Ántes quiero saber, si en realidad has reconocido tus faltas, si estás enteramente convencida de que tus locuras habían de labrarte una indispensable ruina.

Ros. Mis sollozos nacidos de mi conviccion, lo atestiguen.

Amo. Pues bien cumple con tus deberes, satisface nuestros deseos eligiendo un marido qual te conviene, y serás la delicia y el consuelo de tu familia.

Ros. ¿En mi situacion, amado Tio, que puedo esperar..?

Amo. ¡Que situacion, ni que calabazas! Sea la que fuere, ¿por ventura ha debilitado tu salud, y marchitado la belleza de tus facciones? ¿Á ver que te falta? ¿Qué echas ménos?

Ros. Todo: Faltando los medios de mantener una condicion brillante y cómoda; las gracias se obscu-

recen, el brio queda encogido, y la hermosura pierde su atractivo. Mi infortunio me ha enseñado, y hecho experimentar tan amarga verdad; pues todos mis amantes se han desprendido, á manera de rayos, de la tempestad que se ha desplomado sobre mi cabeza y la de mi buen Padre. Sí, Tio mio: aquellos pérfidos han trocado su aparente amor en mofa: ¡me han insultado! ¡me han despreciado!

Amo. Pero no todos, Sobrina, no todos. No falta quien te ame, y desee no le traygas otra dote, que la docilidad, la modestia, la sumision; y en cambio te llenará de bienes, y te constituirá en el colmo de la felicidad.

Ros. ¡Qué oygo! ¡oh buen Dios! ¡Y que halagüeñas esperanzas hace Vm. revivir en mi corazon! ¡Ah! ¿Podré yo enmudecer á los viles aduladores, y poner fin á sus ultrages? No deseo mas en este mundo. Dígame Vm., no me lo oculte, ¿quien es ese ser benéfico, esa alma generosa, que prefiere las prendas personales á las de fortuna?

Amo. Aquel que no gastando tanta prosa; archiva en su pecho el mejor corazon, y en sus arcas mas riquezas. Uno que léjos de amarte con una ternura pasagera y por capricho; te conservaría un afecto inalterable y tierno durante su vida. En fin nuestro mayor amigo Octavio Onesti.

Ros. (*Levantándose furiosa.*) ¿Aquél, aquél amarme? ¿Á aquél llama Vm. amigo, que tuvo el descaro de insultarme, la complacencia de verme envilecida, y modeló á los demás el plan para injuriarme, y llenarme de desprecios? Qualquiera otro, qualquiera que no sea él. Le aborrezco demasiado, para poder perdonárselo...

Amo. (*Que se habrá puesto los anteojos, para observar mejor la mudanza, queda sorprehendido*) Perfectamente... estoy enterado. ¿Con que tenemos que Octavio...

Ros. (*Como que vuelve en sí de su transporte.*) ¡Ah querido Tio! si me ama Vm. no me le nombre: mudemos de conversacion. Cada vez que se me objeta, me sobrecoge un sudor, una congoja. No, no: prefiero la muerte, al enlace con un hombre tan cruél.

Amo. No, no, vive, vive... Entretanto dexa que me felicite de tu reconocimiento, (*Levantándose.*) y te quite la molestia.

Ros. (*Deteniéndole.*) ¡Ah! por piedad que no se marche Vm. ántes de escucharme, de concederme lo que le pido.

Amo. ¿Qué pretendes?

Ros. Piedad, y proteccion.

Amo. ¿De quien? De mí no será.

Ros. De Vm., sí: solo de Vm. la espero.

Amo. Allá lo verémos. *Apartándose.*

Ros. ¡Tio de mi corazon!

Amo. Sí, sí, ya hablarémos. (*Apartándose todavía mas.*

Ros. No se aparte Vm. de mí. Abatida á sus pies...

De rodillas agarrándole de la casaca.

Amo. (*Irónicamente.*) ¿Qué hace Vm. Señora? ¿No la incomoda el tufo de mis vestidos, y el insufrible hedor de la antigüedad? Vaya tenga Vm. un poco mas de miramiento en no ofender la delicadeza de sus narices.

Ros. Fuí una loca: lo confieso; mas no me castigue Vm. con mis propias palabras.

Amo. Si tú lo fuiste, ya no lo soy yo; y si tú sabes adaptarte al vaho de mis vestidos, yo no puedo avenirme á la corrupcion que despides de tí.

Ros. ¿Qué corrupcion?

Amo. La de una altanería que apesta, y no puedo tolerar. No esperes nada de mí, ni pienses que jamas me desentrañe por una frenética, por una orgullosa: por tu hermana, y por tu Padre, aunque sea un bragazas, me venderé los calzones si con-

viene; pero por tí nada, nada absolutamente. Á Dios Señora Sobrina. (*Yéndose.*) Bello arrepentimiento. Á fe que casi me había engañado. ¡Pícara! *Vase.*

Ros. ¡Tambien se ha vengado mi Tio! ¡Tambien mi Tio me abandona! No sé á quien acudir; no hay una sola criatura que se compadezca de mí, que me ampare. No me queda otro recurso que la desesperacion, ó la muerte. *Se tira en el canapé.*

Eug. Este es un exceso de furor. Calme Vm. esos transportes. La sumision y sufrimiento pueden conciliarla la compasion, y mejorar un tanto las circunstancias del destino.

Ros. (*Pateando.*) ¡Compasion! ¡compasion! ¿y donde hallarla? ¿En una gavilla de áduladores? ¿en una falsa hermana? ¿en un Tio inhumano? ¡Mas ay de mí! ¡quien vuelve á maltratarme, á dar el último golpe á mi desolacion! ¡Ah no!... Huyamos... no puedo... el corazon me falta... yo fallezco. (*Eugenia y Morisqueta la sostienen, y acomodan en el canapé, procurando reanimarla con algunos espíritus.*

Eug. ¡Ay que se desmaya!

Mor. (*Como que ha visto á Octavio.*) Me temo que será predicar en el yermo.

ESCENA V.

Rosalba, ***Eugenia***, *Morisqueta*, *Octavio lo habrá observado todo desde la puerta.*

Oct. (*Ap.*) Amon se cree que esta será ocasion oportuna; pero veo que la horroriza mi presencia, y que no será facil reconciliarme con ella: con todo si una vez dexa persuadirse, quedará convencida para siempre. Puede decirse que me he enredado por puntillo, y casi sin quererlo me he prendado de esta muger que no carece de mérito, el qual pu-

lido con el desengaño y la enmienda, brillará mucho mas. Seguramente tendré mucho que sufrir; mas pruébese todo para servir á un amigo.

Eug. Señora, anímese Vm.

Ros. (*Levantando un poco la cabeza.*) ¿Se ha marchado ya?

Oct. Tenga Vm. la complacencia, por la última vez...

Ros. ¡ Ay de mí! ¡yo muero!

Eug. Por caridad no acibare Vm. mas su pena, ya vé en qué estado...

Mor. (*Ap. á Octavio.*) No tema Vm. adelante, que ella escuchará mal de su grado.

Ros. Dexadme... amigas sacadme de aquí. Y Vm. líbreme del horror que me infunde su aspecto.

Oct. Aunque en realidad no haya para mí cosa mas grata que obedecer á Vm. sufra con todo, que me detenga un momento, para manifestarla quien soy, y como pienso. Si ayer viéndola tan ufana en la cumbre de la felicidad, é incitado por sus chocantes expresiones, me propasé á hablarla con un estilo demasiado libre y picante; hoy me valdré de otro muy distinto, y no permita Dios, que yo me prevalga de lo amargo de su constitucion, para reprehenderla de nuevo. El objeto que me ha traido es muy diverso, y quizás obtendrá la aprobacion de Vm.

Eug. (*Ap. á Rosalba,*) ¡Oh que extraña mudanza!

Mor. (*Ap. á Rosalba.*) El principio no es malo, y nada pierde Vm. en atenderle.

Ros. (*Empieza á admirarse.*)

Oct. La demasiada satisfaccion, que nace de la preponderancia, y de las riquezas, induce á los hombres á propasarse de los límites que prescribe la moderacion. Los falsos y codiciosos adoradores de Vm. mas por no perder su gran dote, que su mano, temian disgustarla; y así la adulaban, y aplaudian

hasta sus mayores defectos; pero en el fondo de su corazon estaban muy distantes de hacer de Vm. el menor aprecio. Anhelaban la posesion de sus riquezas, y no osaban contradecirla, ni disgustarla. Hoy la creen pobre, y como lo mismo se les dá así que asado, aprovechan con gusto de la ocasion de vengarse de la superioridad, con que Vm. les ha tratado. Yo les juzgo ahora ménos malos, que quando la acariciaban, y daban pábulo á sus extravagancias. Aunque al principio miré á Vm. con indiferencia, formé despues ciertas ideas, á las que acabaron de inducirme sus superiores; pero como el interes no ha tenido la menor parte en ellas, tal me parece Vm. ahora, como en sus mas felices dias, y aun me atrevo á decirla que si ántes habia formado de Vm. un siniestro concepto, ahora la considero susceptible de todas las virtudes, las quales se acrisolan en la adversidad. Sentados estos principios, suplícola me tenga en adelante por un hombre, que desea reparar las pasadas injurias con los mas eficaces medios que puedan sugerirle el afecto, y la humanidad.

Ros. (*Admirada.*) Concluya Vm.

Oct. Si el escarnio pretende sonrojarla, si la miseria la presenta una horrorosa perspectiva, si los amigos la abandonan, si los ingratos se olvidan de Vm., si los malvados la persiguen, si los aduladores la desprecian, y en fin si se vé Vm. falta de todo; aquí está un verdadero amigo pronto á defenderla, á aliviarla, y á reintegrarla de todo quanto pueda enmudecer la envidia, calmar su turbacion, y consolidar su felicidad. Bastará la menor señal que me indique las disposiciones de su voluntad; para hacerla ver con quanta puntualidad cumplo mis promesas. No pretendo obligarla á que me haga el honor de pedirme que la socorra; para que no juz-

gue que me rige la esperanza de verme premiado con su afecto: es Vm. libre en mandar, y libre será despues que la habré servido. Exâmine Vm. mis proposiciones, y resuelva; pero es preciso que la advierta, que por ningun término se dexe abatir, con la idea de que es pobre: ántes estímese mas rica, si consigue por este medio la prudencia, y la moderacion. Tribute rendidas gracias á la Providencia, que ha querido ponerla á prueba para mejorarla; y dígnese aceptar los ofrecimientos de un amigo, que está dispuesto á darla los mas irrefragables testimonios de su integridad y buenos sentimientos, con todas sus facultades, y si fuese necesario con la vida. *La saluda y vase.*

Mor. ¿Qué tal? Eso no es ojarasca.

Ros. ¿Es él? ... ¿Es él?... ¿El mismo que acaba de hablarme?

Mor. Sí Señora, él es.

Ros. Baxo qualquiera aspecto que le mire, ya sea como á contrario, ó como á amigo; de qualquier modo me ha admirado, me ha vencido.

Eug. ¿Quien podrá negarle respeto, gratitud y admiracion?

Mor. Á la verdad se ha transformado de modo...

Ros. ¡Ah que él posee el secreto y la virtud de transformarme á mi misma! (*A Morisqueta.*) Anda, corre, alcánzale, dile que retroceda.

Mor. ¡Oh quanta prisa! *Vase corriendo.*

Ros. Pareciame que la virtud misma me hablaba. ¡Ah! él la ha excitado en mi corazon, y me ha hecho gustar sus dulzuras. ¡Oh virtud!... virtud apénas conocida, conozco quan necesaria me eres; no te desdeñes de servirme de brúxula, en el borrascoso mar de mis pasiones, pues estoy resuelta á seguirte. Él vuelve. ¡Que inexperimentados afectos produce en mí su presencia!

ESCENA VI.

Rosalba, Eugenia, Morisqueta, Octavio.

Ros. Disimule Vm. si me he tomado...

Oct. Cumplimientos excusados: mande Vm. libremente.

Ros. Tome Vm. asiento.

Oct. Obedezco. *Siéntase.*

Ros. (*Ap.*) Oh Dios, que te has dignado mover mi corazon, ilumina mi entendimiento, y díctame expresiones para corresponder á tanta bondad.

Oct. Explíquese Vm. Señora. Sin empacho.

Ros. Pluguiese al Cielo que hubiese conocido á Vm. mucho tiempo ántes, que mi inexperta juventud se hubiese hallado en la encrucijada de tan opuestos caminos. ¡Ah! yo estoy segura, que en vez de elegir la senda de la vanidad, me hubiera internado gustosa en la de la virtud. ¡Oxala no hubiese prestado oido á los viles aduladores! que ahora murmuran y acriminan los mismos vicios que me inspiraron. Yo no me vería ahora exhausta de mérito, privada del amor de todos, y quizás me hallaría unida á un consorte que sería mi amparo, y el consuelo de mi triste Padre. Ni un solo hombre de quantos he conocido hallo que se parezca á Vm., ni que sea capaz de arrostrarme mis vicios, y consolarme en mi abatimiento. Vm. ha tenido valor para reprehenderme quando me creía feliz, y se ha hecho el objeto de mi respeto y admiracion, desde el abismo en que me veo precipitada. Sí: la sorpresa y confianza, que me han infundido su carácter y heroicidad, son los mas poderosos estímulos para que vuelva en mí, abandone el fatal sistema de la soberbia, y me recomiende enteramente á su excesiva generosidad.

Oct. ¿Seré yo tan feliz que tenga la gloria de convencerla, y de que me crea un hombre honrado? Esto

redobla en mí el deseo de asegurarla de que efectivamente lo soy. Perdone Vm. si interrumpo tan interesante conversacion. ¿Qué resuelve Vm. acerca de la propuesta de mi carta?

Ros. ¿Qué carta?

Oct. ¿No la han entregado una de mi parte?

Eug. Aquí está. *Dándosela á Octavio, que la entrega á Rosalba.*

Oct. Habrá algo mas de una hora que la mandé.

Ros. (*Despues de haberla leido.*) Hombre benéfico, hombre generoso, ¿como podré manifestarle mi eterno reconocimiento? pero si es verdad que aun me juzga digna de su favor, me valdré de él, para suplicarle, emplee dicha suma en restablecer á mi Padre, no dudando, será Vm. resarcido y recompensado.

Oct. Esto me da á conocer que quiere Vm. sonrojarme, que su alma no se ha despojado del todo de su antigua superioridad; ó que juzga mis acciones hijas del interes, y de la esperanza del premio y del reconocimiento. Vuelvo á decirla, que en quanto á su Señor Padre se tranquilize, y que no insista en rehusar...

Ros. ¡Ah Señor! Yo ya necesito de poco. Mi nombre ha decaido del concepto de la sociedad, y es despreciado. Al paso que se disipa la densa nube de la vanidad, la razon me manifiesta que nada tengo que confiar en el cruel porvenir que me aguarda. He elegido el mas seguro refugio, y con poco tendré bastante para sepultarme en un claustro.

Oct. ¿Qué profiere Vm.? ¿Qué la inspira semejante resolucion?

Ros. La necesidad, y la virtud.

Oct, ¡Notable engaño! Es la misma desesperacion baxo un falso aspecto que la aconseja, y engaña. Este estado es totalmente opuesto á sus inclinaciones. Dígame Vm. ¿porqué no elige á un hombre, que cica-

trize sus heridas con la triaca del olvido, y la afianze un futuro venturoso? Uno basta para desvanecerlo todo. ¿Teme Vm. acaso no hallar ni uno, que sea capaz de amarla?

Ros. No tengo valor para poner los ojos en..

Oct. Confie Vm. en que la queda aun el afecto de un hombre, que sabe distinguirla.

Ros. Señor, instrúyale Vm. de mi mísera situacion, y de lo peligroso de mis muchos defectos.

Oct. Nada ignora, y cree mas en su reconocimiento, que en sus acusaciones.

Ros. ¿Y este hombre magnánimo, é incomparable, podré saber quien es?

Oct. Yo misma, Rosalba querida: yo que la amo tiernamente, y deseo hacerla feliz.

Ros. Hombre verdaderamente tal, disponga Vm. de mi suerte, y de mi vida, todo está en sus manos. Sirva mi espontáneo y pronto consentimiento de garante á las buenas disposiciones de mi corazon, y al deseo que me anima de amarle, y complacerle todo el resto de mis dias.

Mor. (*Ap.*) Voy á hacer la llamada. (*Vase corriendo por la puerta de enmedio y vuelve inmediatamente*).

Oct. Déme Vm. un testimonio de su amor, y fe.

Ros. ¿Bastará mi mano? *Alargándosela.*

Oct. ¡Oh amada Rosalba! juro hacerla feliz.

Ros. Y yo serle agradecida, y amante.

Mor. (*Ap.*) Viva la enemiga de los hombres, viva; por fin ha caido en la trampa.

Oct. (*Viendo á los que están observando*) Para mayor fuerza, y autenticidad de nuestros esponsales, convendría fuesen autorizados por testigos irrefragables.

Ros. ¿Estas dos? *Señalando á las criadas.*

Oct. Yo los elijo mejores, y espero serán de su mayor satisfaccion.

Ros. ¿Donde estan? si nadie hay en casa.

Oct. Ételos por donde asoman.

ESCENA ÚLTIMA.

Rosalba, Octavio, Eugenia, Morisqueta. Teodorico, Amon, Lucinda y el Conde salen de improviso.

Teo. ¡Amada hija! *Corriendo á abrazarla.*

Amo. ¡Amada Sobrina! *Abrazándola.*

Luc. ¡Hermana querida!

Ros. ¡Pero como!... ¿Todos aquí?... ¿Y Vm. amado Padre, tambien?... ¿Es posible no tema?... ¿Mas que indican tan alegres transportes como reparo en todos?... ¿Padre mio como así olvida Vm. su seguridad, é infortunios?

Teo. Toda mi seguridad consiste en tu feliz mudanza, y mi infortunio queda desvanecido con tan acertada eleccion. Sabe, querida hija, que mi desgracia ha sido fingida, y todo inventado por tu Tio para mejorarte. Morisqueta, Eugenia, y este amigo singular han sido los executores de sus disposiciones: dáles el parabien pues por su medio has adquirido el mejor de los tesoros.

Ros. ¿Y con que frases? Suplan mi silencio y mís brazos lo que no puede expresar mi lengua. (*Abraza á Octavio, y despues á Morisqueta y á Eugenia.*

Teo. Lloro de ternura, y de contento.

Amo. Y yo tambien picaruela. ¡Si sabías quantos sustos nos has causado! Ven acá, huele estos vestidos, y abraza esta odorífera antigüedad, que no te arrepentirás de ello. (*La abraza haciendo gestos como que procura contener las lágrimas. Á Morisqueta.*) Bien has probado que eres espiritosa y sutil. En recompensa quiero darte un abrazo. (*La abraza.*)

Mor. (*Ap.*) ¡Y como aprieta! Parece que aun se huelga. ¡Fuego en el viejo carroña! Bueno sería que los trescientos se quedaran en oferta. -- Se-

ñor, no imagine Vm. le haya servido por interes. (*Ap.*) Á ver por donde sale.

Amo. Tú piensas que me he olvidado de mi promesa. ¡Que pícara eres! ¿Te contentarás con seiscientos?

Mor. (*Ap.*) ¡Si serán reales! - ¿Qué Señor?

Amo. Ducados.

Mor. Así viva Vm. seiscientos años despues de los mil de estilo.

Amo. Eugenia tampoco ha de quedar sin premio; y otros tantos sirvan de recompensa á su fidelidad y buenos servicios.

Eug. Añadiré este favor á los muchos de que Vm. me ha colmado.

Teo. Dime, hija mia, ¿estás realmente desengañada, y al mismo tiempo contenta de tal esposo?

Ros. Le amo, y le amaré toda mi vida, durante la qual no olvidaré ni un instante, que le debo la paz, la virtud y la felicidad.

Teo. Hijas mias, por fin el Cielo ha accedido á mis incesantes votos. Vivid felices en alegre coyunda con tan amables, y prudentes esposos, y fixad en vuestra mente estos saludables consejos. No son las riquezas, la altanería y el desprecio de nuestros inferiores que nos hacen estimables y grandes; sino la modestia, la moderacion y la afabilidad quando no nos presumimos de poseerlas; porque entonces son virtudes que tomamos prestadas, y no sentándonos bien, solo sirven para ridiculizarnos, y envilecernos. No olvideis jamas que la verdadera grandeza consiste en una no afectada, y discreta humildad.

F I N.

Erratas. Pag. 16. lin. 10. picardijuelas - picardías. p. 21. l. 34. me lo he - me le he. p. 45. l. 1. apea - apear. p. 48. l. 3. reconquistarlo - reconquistarle. - p. 48. l. 3. hacérmelo - hacérmele. p. 48. l. 6. no me lo - no me le. p. 55. l. 24. élla - ella. p. 57. l. 26. atestiguen - atestigüen.